

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

LOS BICEFALOS

glenn parrish

CIENCIA FICCION



LOS BICÉFALOS

Ardax Nº3

Título Original: *Los Bicéfalos*

©1975, Parrish, Glenn

©1975, Editorial Bruguera

Colección: La Conquista Del Espacio 236

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.72

CAPÍTULO I

—Diríase que nos persiguen, señor.

Alan Ardax oyó las palabras del robot que le acompañaba y, aunque se extrañó un tanto, procuró mantener el aspecto normal de una persona que estaba en aquel planeta por negocios privados. Una semana antes, Ardax había recibido una singular llamada, lo que le había hecho abandonar su retiro, con el fin de comprobar no tanto la autenticidad de la llamada, sino el contenido de la misma.

Años atrás, el coronel Alan Ardax, de la Honorable Liga de Sistemas, compuesta por ciento catorce planetas, había sido declarado traidor, proscrito y su cabeza puesta a precio si abandonaba el lugar al que había sido desterrado para el resto de sus días. Al cabo de un tiempo, Ardax se había escapado, con ánimo de buscar los medios que le permitieran probar su inocencia.

Todavía, al cabo del tiempo, no lo había conseguido. Pero, de repente, había llegado una llamada en la que le aseguraban se había visto a alguien cuyo testimonio podía modificar sustancialmente su condición de traidor y proscrito.

Por dicha razón estaba en Waharia, capital del planetoide Wahar, del Subsistema adherido a la Honorable Liga en calidad de protectorado. Allí había sido vista aquella persona y Ardax la buscaba.

Iako, su robot, le acompañaba. No sólo era una computadora perfectísima, sino una predictora de hechos, de acuerdo con las instrucciones y programas registrados en sus millones de circuitos, aparte de que era una enciclopedia andante, ya que no viviente, puesto que no se podía calificar de ser viviente a lo que no era sino una máquina, por perfecto que fuese su aspecto humano.

Las calles de Waharia, una encantadora ciudad de aspecto primitivo, con el estilo peculiar wahariano, tan sencillo y atractivo al mismo

tiempo, pero difícilmente imitable por otra parte, hervían de gentes de todas clases, razas y formas.

Allí se podían ver los hombres-león de Sirhus-2; las feroces Amazonas de Trador IX, los hombres de cuatro brazos de Vapphar... cuerpos extraños y colores de pesadilla, pero, no obstante, pacíficos y tranquilos, al menos en la superficie de Wahar, emporio de riqueza, comercio y tráfico de todas las mercancías habidas y por haber.

En Waharia no había conflictos. Los extranjeros lo sabían; la pena por alteración del orden, por robo, por defraudación o por falta de pago al comprar una mercancía, era siempre la misma; muerte. Los extranjeros no se quejaban de tan dura ley, porque los comerciantes waharianos también estaban sujetos a ella. Podían cobrar el precio que quisieran y en la moneda que les apeteciera o de la que dispusiera el comprador, pero la mercancía había de ser de ley; no cabían trampas ni fraudes. Si un comprador sospechaba que la mercancía no era buena, podía reclamar ante el Tribunal Superior. Su reclamación se estudiaba poco menos que instantáneamente y la resolución dictada era tan rápida como tajante.

Por dicha razón, abundaban tanto las gentes de toda condición en Waharia. De repente, Ardax vio algo que jamás había sospechado podía existir... y había visto seres raros en su vida.

Era un ser monstruoso, altísimo, con dos cabezas, cuatro brazos y dos troncos, unidos por la cintura y prolongados en unas anchas caderas y unas largas y robustas piernas. Los dos troncos estaban cubiertos por sendas camisas de tejido rojo y, a la cintura, llevaba una ancha faja de cuero negro.

Aquel monstruo medía más de dos metros y medio de altura. Ardax y el robot se apartaron a un lado para darle paso.

—Iako —dijo Ardax de pronto—, ¿tienes memoria en tus circuitos de algo parecido?

—No, señor; es la primera vez que mis objetivos visuales captan una imagen semejante —contestó el robot.

Ardax meneó la cabeza.

—Parece el fruto de la pesadilla de un borracho —murmuró—. ¿De qué planeta procederá ese bihumano de dos troncos y dos cabezas?

Siguieron andando. Un poco más adelante, se adentraron por una angosta callejuela, en la que ya escaseaban los comerciantes. Una mujer de ojos cálidos y labios ardientes le sonrió, llamándole con la mano, pero Ardax no hizo caso y siguió adelante.

Pasó una patrulla de soldados, tres hombres al mando de un oficial, todos ellos armados con las contundentes pistolas de choque y sus correspondientes espadas. Un poco más adelante, Ardax encontró la casa.

—¿Aquí, Iako? —consultó.

—Sí, señor.

La memoria del robot era infalible. Sólo podía olvidar una cosa, borrándola de sus circuitos de registro. De pronto, cuando Ardax se disponía, ya a llamar a la casa, un hombre tropezó con él.

—No entres, es una trampa.

Ardax se sobresaltó ligeramente.

Volvió la cabeza. El individuo se apoyó en él.

—Perdóname, he tomado una copa de más... —Sonreía como un beodo, pero su mirada era firme—. Tienes que venir a Himón-3. Allí se te necesita, coronel Ardax. ¿O prefieres que te llame Ígneo?

Ardax sintió que el supuesto borracho deslizaba un papel en su mano. Luego, el desconocido continuó su camino, dando grandes bandazos.

Dudó un momento. Al fin, golpeó la puerta con los nudillos.

Alguien abrió, pasados unos momentos.

—Entra, señor —dijo una mujer de bastante edad.

Ardax franqueó el umbral. Iako le siguió. Apenas habían dado unos pasos, se detuvieron.

Había un cuerpo tendido en el suelo, sobre un lago de sangre. En el pecho aparecía clavada una espada como las que usaban los soldados de la ronda.

La puerta se cerró a sus espaldas de golpe. Ardax se revolvió, dispuesto a luchar para escapar de la encerrona en que le habían metido y que le había sido advertida. Si le encontraban en aquella casa con el cadáver, podía pasarlo muy mal.

—No te vayas —sonó de pronto una voz femenina—. Deseo hablar contigo, coronel Ardax.

* * *

Ardax giró lentamente sobre sus talones. Al fondo, había una pequeña escalera, que conducía a una puerta, bajo cuyo dintel había una hermosa mujer, de sofisticado peinado y lujosa y extraña vestimenta.

El pelo era muy rubio, pajizo, y los ojos extrañamente ambarinos. El

torso habría parecido desnudo, de no haber sido por los dos cuencos de oro y piedras preciosas, que encerraban los senos de proporciones estatuarias. El resto de la indumentaria consistía en una larga falda de tejido finísimo, que llegaba hasta los tobillos y que no era totalmente opaca.

Ardax reconoció inmediatamente a la mujer. Su retrato estaba en todos los lugares públicos. Era Nikydia, la princesa-gobernadora de Wahar.

Cortés, se inclinó profundamente:

—Señora —dijo.

Nikydia movió una mano,

—Ven, coronel Ardax —invitó—. Tu robot puede quedarse aquí.

Ardax dudó.

—Yo había venido a ver a este hombre —señaló al caído.

—Oh, ha sido una lástima —dijo Nikydia con indiferencia—. Unos ladrones lo asaltaron para robarle. Ya han sido detenidos. Eran dos, hombre y mujer; ella le atrajo aquí y...

Nikydia mentía, pensó Ardax.

—Pero antes de morir, habló. Y tengo grabada su declaración —añadió la princesa-gobernadora.

—Interesante —comentó Ardax,

—Biklos podía exculparte, creo.

—Estás muy enterada de mi vida, señora.

Ella rio argentinamente.

—Ven —insistió.

Ardax rodeó el cuerpo ensangrentado de Biklos, el hombre que podía haber significado, de seguir vivo, el fin de la proscripción para él. Había hecho un viaje larguísimo, de decenas años luz, sólo para encontrarse con que había perdido el tiempo.

O quizá Nikydia era sincera, pero no estaba seguro de ello. Se contaban muchas cosas de la princesa-gobernadora, sus caprichos, sus desvaríos, sus arbitrariedades, pero Ardax acostumbraba a no fiarse demasiado de los comentarios de la gente y prefería conocer las cosas por sí mismo.

Cuando le interesaba, claro, porque, hasta aquel momento, Nikydia no le había interesado en absoluto.

Subió la escalera y pasó a una estancia cálida, intensamente perfumada y adornada con gran lujo. Nikydia llevó las manos a la

cintura y la larga falda quedó en el suelo. Debajo llevaba unos pantalones cortos, ajustadísimos, de tejido de oro.

—Las modas, a veces, son incómodas —rio—. ¿Qué prefieres beber, coronel?

—Vino, señora.

Nikydia llenó dos copas. El vidrio era enormemente grueso, pero tan transparente como si fuese agua repentinamente solidificada. Nikydia miró la suya al trasluz.

—¿Has visto alguna vez una cosa semejante? —preguntó.

—Son unas copas muy bonitas, en efecto —convino Ardax.

—Diamante puro. Sí, están talladas en un diamante, cada una, por supuesto.

Ardax contuvo el aliento.

—Entonces, tengo en la mano...

—Una verdadera fortuna. —Nikydia fue a un diván y se sentó indolentemente—. Ven a mi lado —llamó.

Ardax se sentó junto a ella.

—¿Y bien? —dijo.

Nikydia le miró por encima del borde de su copa.

—Coronel, quiero que seas el jefe de mi guardia —dijo.

Ardax respiró.

—No te lo esperabas, ¿verdad? —dijo ella, riendo suavemente—. Hace tiempo que te vengo estudiando; conozco al dedillo tu vida y milagros y sé que eres un proscrito, al que cualquiera podría matar impunemente, para conseguir la recompensa ofrecida por la Honorable Liga.

—Si soy un proscrito, mal puedo desempeñar un alto cargo en tu gobierno —alegó él.

—Es que tengo la declaración de Biklos, en la que estás exculpado por completo de lo que tu gobierno consideró como traición.

—Creo que te entiendo, señora —dijo Ardax—. Si accedo, enviarás la declaración al gobierno de la Honorable Liga.

—Exactamente.

—¿Y si rechazara tu oferta?

Nikydia seguía sonriendo, pero ahora había un brillo maligno en sus pupilas de color ámbar.

—No la rechazarás —contestó.

CAPÍTULO II

Ardax despachó su copa de un trago.

—¿Cuáles serían mis obligaciones como jefe de la guardia? —preguntó.

—Quiero una reorganización a fondo. Los soldados que hay ahora son poco más que policías de ciudad. Quiero soldados de veras, duros, bravos, implacables, que sepan luchar hasta el límite de sus fuerzas y morir si se les ordena.

—Tú lo que quieres es un ejército, y no para defenderte precisamente —acusó Ardax.

Nikydia sonreía.

—¿Y qué? ¿Es que no hay ejércitos en otros planetas o en otros sistemas solares? ¿Por qué Wahar no ha de tener su propio ejército, compuesto por unidades de combate bien entrenadas?

—Y tú quieres que yo me ocupe de organizar ese ejército...

—Con el grado de general de Wahar y libertad absoluta, al menos en la organización del ejército. Pero siempre subordinado al poder político.

—Tú —dijo Ardax.

—Sí.

Ardax demoró su respuesta un instante.

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó.

—Por el momento, no puedo ser más explícita —contestó Nikydia—. Sólo deseo que empieces desde ahora mismo... bueno, desde mañana, a trabajar. Tendrás libertad absoluta de reclutamiento y también para despedir al que consideres no va a ser un buen combatiente. Salvo en un punto.

—¿Sí?

—Vas a disponer de un batallón especial, pero, por ahora, no puedo

darte más detalles. Quiero decir que en el momento oportuno, tendrás a los ocho o novecientos soldados de ese batallón especial, a los cuales entrenarás tú personalmente. ¿Vas comprendiendo?

—Desde luego. Quieres decir que tú reclutarás a los componentes de ese batallón especial.

—Exactamente. En cuanto a tu sueldo y gratificaciones, bien, créeme, no seré tacaña. Y también tendrás más.

—¿Qué, señora?

Nikydia dejó la copa a un lado. Luego enderezó el torso y le miró penetrantemente.

—¿Te parezco hermosa? —preguntó con voz susurrante.

Era bella, pero cruel, pensó Ardax. Y no estaba seguro de que, pese a sus promesas, cumpliese más adelante la palabra que le había dado, de entregarle la grabación exculpatoria.

—Hermosísima —elogió—. Pero necesito unas horas de tiempo para pensar la respuesta definitiva.

—Otros no lo pensarían ni un minuto —dijo Nikydia, ligeramente despechada.

—Ninguno de esos otros se llaman Alan Ardax. —El proscrito se levantó—. Señora, he tenido un inmenso placer en verte personalmente y charlar contigo. Dame doce horas para tomar una decisión.

—Está bien. Vuelve aquí mañana, a la misma hora.

—Pero éste no es tu palacio...

Nikydia sonrió.

—Hay un pasadizo que comunica directamente con esta casa. Mi abuelo era un hombre muy enamorado y lo mandó construir. No sé cuál fue mi abuela: si la que vivía en el palacio o la que vivía en esta casa. Pero no tiene importancia, ¿verdad?

—Ninguna. Te veré mañana, señora.

—No faltes, coronel.

Ardax abandonó la estancia. Iako, el robot, aguardaba en el vestíbulo, ya completamente limpio.

—Vinieron unos soldados y se llevaron el cadáver, señor —informó el robot.

Ardax asintió. Salieron a la calle.

—Iako, ¿has oído nuestra conversación? —preguntó él.

—Aumenté el nivel sensible de mis circuitos auditivos, señor.

—Me lo suponía. Analiza la situación, Iako.

—Nikydia pretende una guerra de conquista. Diríase, incluso, que trata de asestar un golpe relámpago. Largos y minuciosos preparativos, equipos perfeccionadísimos... y el ataque fulminante e irresistible.

—Un *blitz* espacial.

—Sí, señor.

Ardax meneó la cabeza.

—No me gusta —dijo.

—Nikydia puede ser mal enemigo si rechazas su proposición —avisó el robot.

—Lo sé. Por eso voy a ver si puedo eludir...

Ardax no pudo continuar hablando. De pronto, sonaron gritos en las inmediaciones.

Un gigante de dos troncos apareció súbitamente ante sus ojos.

El monstruoso ser corría desalado, con el terror reflejado en sus dos caras. Pero se movía torpemente, observó Ardax, como si sus músculos careciesen de la debida coordinación con el sistema nervioso. De sus dos gargantas se escapaban sonidos inarticulados de pánico.

Una patrulla de soldados apareció por la entrada de la calle.

—Ahí está —gritó el oficial—. ¡A él!

Los soldados se arrojaron sobre el gigante. Este rechazó el ataque, mediante unos poderosos manoteos, pero, de repente, una espada centelleó en el aire.

Una de las cabezas voló, separada de su tronco. La otra emitió un horrendo alarido de dolor. Torrentes de sangre roja brotaban del cuello sin cráneo.

Más espadas concentraron sus golpes en el corpachón doble. Al fin, el gigante se desplomó al suelo y pateó un poco antes de quedarse quieto.

El oficial se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

—¡Uf! —dijo.

De pronto, reparó en Ardax.

—¿Qué haces aquí? —preguntó hostilmente.

—Nada. Paseaba —contestó Ardax.

Varios de los soldados se ocupaban en transportar el sangrante cadáver. Otro, asida por los pelos, se llevaba la cabeza cortada, dejando tras sí un reguero de color escarlata.

—Parece que no te gusta lo que has visto, extranjero —dijo el oficial.

—No, no me gusta. Aunque fuese un criminal, tenía derecho a ser juzgado.

—Y tú no tienes ningún derecho a criticarnos. ¿Sabes que puedo llevarte arrestado y hacerte pasar un mal rato?

Ardax sonrió.

—Inténtalo —dijo—. Llevas un transmisor colgado de tu cintura. Pide a la central de comunicaciones del palacio que te pongan con la princesa-gobernadora. Cuando hables con Nikydia, dale mi nombre: coronel Ardax. Sólo eso, por favor.

El temor apareció en los ojos del oficial.

—¿Eres amigo de la señora? —preguntó.

—Acabo de entrevistarme con ella. Me hospedo en el Albergue de la Estrella Azul. Allí me tendrás, si te he mentido.

—Discúlpame, señor; el gigante se nos escapó...

—¿Estaba preso?

El oficial vaciló.

—Sí —dijo, no muy seguro.

—Pero si estaba preso y se escapó, ¿por qué matarlo?

—Nos dieron esa orden, señor. No puedo decirte más, lo siento.

—Está bien, has cumplido con tu deber. No olvides informarte sobre mí; Nikydia te dirá quién soy. Adiós.

Ardax y el robot continuaron su marcha.

—Señor —dijo Iako a los pocos momentos—, ¿acaso piensas aceptar la proposición de Nikydia?

—No, pero tenía que citar su nombre. Ese oficial estaba preocupado y nervioso. Podía haber cometido una barbaridad.

—Es cierto. Hiciste bien, en tal caso, pero, si me permites un consejo...

—Es tu deber, Iako —rio Ardax.

—Abandona Wahar cuanto antes.

Ardax asintió.

—Es un buen consejo —dijo.

* * *

El beodo les aguardaba en la habitación del hotel.

—Has entrado en la casa, coronel —dijo.

Ardax miró fijamente al individuo.

—Dime tu nombre —pidió.

—Oorfus, de Himón-3 —se presentó el falso borracho—. Queremos que vayas a Himón-3, coronel.

—¿Dónde está ese planeta? —preguntó Ardax.

—Te indicaré su situación en el espacio, solamente si me prometes ir. Allí te aguardan impacientes.

—No será para nombrarme rey —dijo Ardax irónicamente.

—No es cosa de broma, coronel. Puedes ganar mucho... y hacer un inmenso favor a nuestro pueblo, amenazado de extinción.

—Mucho dramatizas, Oorfus —sonrió Ardax.

Oorfus puso sobre la mesa una bolsita llena de monedas.

—Envía a tu criado a comprar un detector de mentiras, si no me crees —dijo.

Ardax miró fijamente al individuo.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—Conocemos perfectamente tu historia.

—Ah, hablas en plural.

—Por lo menos, hay algunos himonitas que conocen tu historia.

—Nikydia me ha hecho una proposición muy interesante.

—Lo sé. Y también conozco el medio que quiere emplear para obligarte a que aceptes.

Ardax levantó las cejas.

—Estás bien informado, Oorfus —comentó.

—Los himonitas necesitamos sobrevivir. Yo sé que tú no piensas aceptar la propuesta de Nikydia. Por eso quiero que vengas a Himón-3.

—¿Cómo sabes que no aceptaré...?

—Nikydia es bella, cruel y caprichosa. Con todos los defectos que puedas tener, y pese a las acusaciones de que eres objeto, tú no puedes aceptar algo deshonesto, por no calificarlo de forma más cruda.

Oorfus se dirigió hacia la puerta.

—Sé que no te he convencido —dijo—. Es una lástima, pero no puedo hacer más, ni tampoco darte más detalles mientras estemos en Waharia. Pero si no aceptas lo que Nikydia te ha propuesto, huye de Waharia cuanto antes. No vivirás mucho tiempo después de que ella conozca tu negativa.

—¡Espera!

Oorfus se detuvo.

—¿Sí? —murmuró.

—¿Cómo se viaja a Himón-3?

Una sonrisa apareció en los labios de Oorfus.

—De dos maneras —contestó—. En tu nave, pero corres el riesgo de extraviarte en el espacio, o en la mía, donde viajarás con absoluta seguridad.

—¿Y... una vez que esté en Himón-3?

—Se te explicará lo que queremos de ti. Y conocerás la recompensa que vas a recibir si nos ayudas, tanto si triunfas como si no, porque sabemos que harás lo imposible por triunfar.

Oorfus se marchó. Ardax quedó a solas con su robot.

—Iako, ¿qué opinas? —preguntó Ardax.

—Es un hombre sincero, señor.

—Sí, eso me ha parecido a mí. —Ardax suspiró—. ¿Por qué no tendré a Selene a mi lado?

El robot conectó el circuito de la sonrisa.

—De cuando en cuando, la mujer quiere volver por un tiempo a casa de sus padres —dijo.

—Me sentiría mucho mejor si la tuviera junto a mí —rezongó Ardax.

Porque estaba sinceramente enamorado de Selene y su ausencia le resultaba muy difícil de soportar.

CAPÍTULO III

La astronave describió un círculo completo y luego se dispuso a la toma de tierra. Instantes más tarde, planetizaba con toda suavidad.

Ardax, el robot y Oorfus saltaron de la nave. Un hombre salió a recibirles.

—Te saludo, Oorfus —dijo.

—Te saludo, Hathos —contestó el interpelado—. Ardax y su robot vienen conmigo.

Una gran sonrisa apareció inmediatamente en la cara de Hathos.

—Bien venido a Himón-3, coronel —dijo—. Acompáñame, Virr-o-Kull te aguarda.

Ardax se volvió hacia Oorfus.

—¿Vuestro jefe? —preguntó.

—El segundo en el mando, aunque, realmente, es el que toma las decisiones. Todos le obedecemos y respetamos, si bien hay otro *leader* por encima de él.

—¿Qué tratamiento debo dar a Virr-o-Kull? —consultó Ardax. A veces, un tropezón con el protocolo podía dar resultados nocivos.

—Ninguno. Llámale, simplemente, Virr. O-Kull significa hijo y descendiente de la familia Kull.

—Entiendo. Gracias, Hathos.

Continuaron andando. No lejos de allí se divisaba un poblado de grandes dimensiones, construido con bloques de lo que parecía barro endurecido mediante un proceso de semivitrificación. Los huecos de las casas, todas de uno o dos pisos, eran grandes, a fin de permitir una agradable ventilación.

Había abundancia de árboles y agua. Ardax vio animales domésticos de tiro, que arrastraban unas livianas carretas. Eran semejantes a

caballos, aunque algo más pequeños y de cuello más largo. Pero las patas traseras eran muy gruesas, lo que le dio idea de una gran potencia muscular.

Los himonitas parecían una raza bien construida anatómicamente, de piel atezada, canela en muchos casos. Extrañamente, se veían bastantes cabelleras rubias y ojos claros. Los vestidos eran sencillos y cómodos, de tela fina, con algunos dibujos, sobre todo en las mujeres. Había dignidad y orgullo en los ojos de los himonitas, pero no altivez desmesurada ni hostilidad, ni mucho menos xenofobia.

De pronto, se tropezaron con una extraña procesión. Una docena de hombres transportaban unas andas, sobre las que yacía el cuerpo de un individuo, aparentemente muerto. Detrás iban algunos hombres de grave aspecto y unas cuantas mujeres, de rostros llorosos y vestimentas enlutadas.

Ardax sintió que se le paraba el corazón.

El muerto —no le cabía la menor duda de que estaba ante la comitiva de un entierro— era uno de aquellos extraños seres de dos troncos.

Los que seguían a las andas marchaban en dos columnas dobles, formadas cada una por sendas filas de hombres y mujeres. Hathos se apartó a un lado y Ardax y su robot le imitaron.

—Son dos familias —dijo Hathos, aludiendo a la doble comitiva—. Ese pobre ser que ves sobre las andas, fue... fueron un día dos hombres jóvenes y gallardos.

Ardax notó que se le contraía el estómago al oír aquellas frases. Dominándose, inclinó la cabeza en señal de duelo al paso del cadáver.

Momentos después, reanudaban la marcha.

Atravesaron el poblado. A unos cien pasos de distancia, Ardax divisó una gran construcción de dos pisos, situada en la ladera de un pequeño cerro, cubierto de abundante vegetación.

—Es la residencia de Virr —indicó Hathos.

* * *

Estaba en una gran sala circular, parte de cuyo techo faltaba, aunque estaba cubierto por un *velarium* de color casi blanco. En el centro, un surtidor daba una nota de grata frescura. Un poco más allá, Ardax divisó un enorme bulto cubierto con una tela de color púrpura.

Había pocos muebles en la sala, que más parecía un patio interior,

aunque eran cómodos y de diseño audazmente funcional. No eran muebles de adorno, sino para ser usados.

Un hombre estaba sentado en una butaca, junto al bulto cubierto por la tela roja. Aparentaba unos ochenta años y vestía una larga túnica de color anaranjado, con grecas amarillas y azules.

—Soy Virr-o-Kull —dijo—. Te saludo, coronel Ardax. También saludo a tu robot.

—Gracias, señor —dijo Ardax—. Yo también te saludo y expreso el gran placer que siento al conocerte.

—Hemos oído hablar mucho de ti. Sabemos que eres inocente. Nosotros no te consideramos como un proscrito, sino como un hombre de bien, defensor de la virtud y luchador implacable contra el mal —dijo Virr,

—Sobrevaloras mis méritos, señor —sonrió Ardax—. Pero cierto instinto me dice que debo ayudaros. No sé, sin embargo, hasta qué punto pueda ser efectiva mi ayuda.

—Siempre hemos sido un pueblo eminentemente pacífico. Es triste y doloroso tener que recurrir a métodos que nos repugnan, pero nos hallamos al borde de la extinción. Quizá te sientas ofendido porque te consideremos un luchador, pero no eres un mercenario; quiero decir que no cobras dinero por tu... digamos trabajo. No te sientas ofendido, coronel.

—No es ofensa, Virr, pero, dime, ¿cuál es vuestro problema?

—Somos una raza fuerte, compuesta de individuos sanos e inmunes a la inmensa mayoría de las enfermedades. Nuestro promedio de vida es muy alto por naturaleza. Resistimos bien las incomodidades y las inclemencias del tiempo. Alguien ha considerado que los himonitas pueden ser buenos soldados... soldados dobles, por supuesto.

—¿Soldados dobles? —se extrañó Ardax.

—Hathos me ha dicho que te has encontrado con un entierro. Ya sabes que ese desdichado fue en un tiempo dos hombres, ambos jóvenes, robustos, amables y pacíficos. De dos, alguien hizo un hombre solo y lo educó para la guerra. Queremos que nos ayudes a evitar la catástrofe que representaría para nosotros la pérdida de la inmensa mayoría de los hombres jóvenes.

Ardax se sintió aterrado.

—¿Quieres decir que ese hombre doble... era un producto de laboratorio? —adivinó.

Virr hizo un signo de asentimiento.

—Así es —confirmó.

* * *

Un silencioso criado escanció vino en dos copas. Luego se retiró.

Ardax y su anfitrión bebieron en silencio. Al cabo de unos instantes, Virr dijo:

—Knobos no fue bien... construido. A veces se producen fallos en la unión de los dos troncos. Knobos fue autorizado a volver a Himón-3. Murió ayer.

—¿Quién fabrica esos monstruos? —preguntó Ardax.

—El doctor Jutlatl, pero desconocemos el lugar donde está su laboratorio. Queremos que lo encuentres y lo destruyas. Hay allí ya más de cien de nuestros jóvenes. Mata al que sea como Knobos. No queremos que vivan esa horrible existencia. Pero, sobre todo, destruye a Jutlatl y a su infernal laboratorio.

Virr hizo una pausa.

—Es la primera vez que hablo así de un ser humano y hubiera preferido morir antes que ver llegar este día, pero he de pensar en mi pueblo y en su futuro. Toda humillación puede soportarse, incluso la más fuerte, pero es preciso pensar en la supervivencia del pueblo himonita. Tú me has entendido, espero.

Ardax asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Comprendo tu indignación —dijo—. Haré lo que pueda, aunque no prometo resultados. Pero, dime, ¿dónde está ese laboratorio?

—Lo ignoro —contestó Virr.

—Sin embargo, uno de los hombres transformados ha vuelto.

—Borraron todo recuerdo de sus cerebros. Además, si se lo llevaron a la fuerza, y es de presumir bien encerrado, ¿cómo puede recordar el camino o el lugar donde actúa Jutlatl? Lo único que puedo decirte es que ese laboratorio no está en Himón-3.

—Tenéis buen servicio de información. Oorfus es una prueba de ello. ¿No habéis conseguido averiguar el emplazamiento del laboratorio?

—No. Te lo diríamos, en tal caso —respondió Virr.

—Haré lo que pueda —repitió Ardax.

—Sé que no eres interesado, pero, a pesar de todo, si triunfas, te daremos una recompensa. ¡Mira!

Con gesto repentino, Virr tiró del paño rojo que cubría aquel extraño bulto, Ardax había visto muchas cosas, pero no pudo reprimir un grito

de admiración.

Era un bloque de cristal purísimo, de absoluta transparencia y caras perfectamente pulidas. Medía unos dos metros de largo, por otro tanto de alto y uno de grueso. Aunque la luz que había en la estancia llegaba tamizada, el bloque despedía unos destellos singulares, de gran belleza cromática, que no herían, sin embargo, las retinas.

—Diamante —dijo Virr.

Ardax creyó que se quedaba sin respiración.

—Diamante —repitió, pasmado.

—En estado de absoluta pureza. Este bloque fue el hallazgo que hizo uno de nuestros antepasados. Lo teníamos como una especie no de ídolo, sino de piedra ritual, algo así como la insignia de nuestro pueblo. Si triunfas, será tuyo.

Ardax sintió una especie de vértigo.

—Hay... —calculó las medidas rápidamente—, veintiocho toneladas de diamante...

—Ciento cuarenta millones de quilates —dijo Iako, cuya facilidad de cálculo era todavía mayor que la de los humanos,

—Virr, os ayudaré, pero yo no puedo aceptar una recompensa semejante —dijo Ardax, sin apartar los ojos, fascinado, del enorme bloque de diamante.

—Te lo ofrecemos con absoluta sinceridad —sonó de pronto una voz femenina.

Ardax se volvió. Sin hacer el menor ruido, una hermosa mujer acababa de aparecer en la estancia. Era muy alta, de unos veinticinco años y con el pelo intensamente negro. El cuerpo, aun a pesar de las holgadas ropas que vestía, se adivinaba perfectamente formado.

Virr se puso en pie.

—Coronel, te presento a la señora de Himón-3. Su nombre es Zyna —dijo—. Señora, el coronel Ardax.

Zyna hizo una leve inclinación de cabeza.

—Te saludo, coronel —dijo con voz melodiosa.

—Te saludo, señora. Mis ojos acaban de recibir el mejor regalo que podrían esperar: la contemplación de tu belleza.

Zyna rio suavemente, halagada por el elogio.

—Eres muy amable —dijo—. He oído decir que tienes un robot perfectísimo...

—Ha venido conmigo, señora.

Iako se inclinó.

—Te saludo, Zyna.

—Gracias, Iako. Coronel, quisiera que fueses mi invitado en la cena —dijo la joven.

—Acepto con mucho gusto —contestó Ardax.

Ella le dirigió una intensa mirada.

—Estoy segura de que hemos acertado al elegirte para salvar a nuestro pueblo —se despidió.

—Eres un hombre afortunado —dijo Virr, sonriendo maliciosamente —. Zyna te ha invitado a cenar con ella y no es una acción que prodigue en demasía.

—No cabe la menor duda, soy un hombre afortunado.

Virr dio un par de palmadas. Apareció un criado.

—Acompaña al coronel a sus habitaciones —ordenó.

—Ven conmigo, señor —dijo el criado.

—Adiós, Virr. Me gustaría seguir hablando mañana contigo.

—Será un placer, coronel.

CAPÍTULO IV

—¿Agradable la cena? —preguntó Iako.

Ardax sonrió, mientras empezaba a quitarse la túnica que llevaba sobre la camisa.

—Zyna es muy hermosa —contestó.

—Debiera haberse casado. Ya tiene edad para ello.

—Yo no soy quien para aconsejarla al respecto, ni el que debe formularle ningún reproche. Pero he pasado unas horas agradables a su lado.

—Quizá mañana empieces a pasar malos ratos.

Ardax frunció el ceño. Terminó de desvestirse y se tendió en la cama.

—Iako, ¿cuál es el resultado de tus análisis de la situación? —preguntó.

—He consultado mis circuitos de memoria. Recuerdo un tal doctor Juliardus, especialista en trasplantes humanos de todo género, sobre todo en trasplantes de cerebro. Mi cálculo de probabilidades indica que Juliardus pudiera ser muy bien ese misterioso doctor Jutlatl.

—¿Dónde reside Juliardus?

—Residía en Oweth-14, pero desapareció hace seis años. No ha vuelto a saberse nada más de él.

—Iremos a Oweth-14, Iako —decidió Ardax.

El robot era un pozo inagotable de información. Pero, además, podía ser utilizado también como computadora en determinados casos, elaborando predicciones a través de datos conocidos y almacenados en sus circuitos.

—Iako, ¿cuáles son nuestras probabilidades? —preguntó Ardax.

—Muy escasas. Yo diría de uno contra noventa y nueve.

—¿No podría invertirse la proporción?

—Tal vez, señor.

—¿Cómo, Iako?

—Aliándote con Nikydia. A fin de cuentas, no podemos olvidar que Oweth-14 es un subsatélite de Wahar.

Ardax asintió repetidas veces.

—Esto parece que empieza a tener sentido —dijo.

—Celebro haberte ayudado, señor. ¿Necesitas algo más de mí?

—No. Buenas noches, Iako.

—Buenas noches, señor.

Ardax apagó la luz.

Reflexionó. ¿Valía la pena intentar el acercamiento a Nikydia? Quizá ella sabía algo sobre los hombres duplicados..., sus proyectos de crear un batallón especial, cuyos componentes proporcionaría ella directamente... ¿Hacia dónde o hacia qué se dirigía su guerra de conquista?

Pero, además, Nikydia tenía la grabación que podía probar su inocencia. Era preciso, pues, volver a Wahar.

Tomada la decisión, procuró dejar la mente en blanco. A los pocos momentos, dormía profundamente.

* * *

Un súbito griterío le despertó sobresaltado.

Oyó voces y ruidos de pasos precipitados en el interior de la residencia. Sin embargo, la mayor parte de los ruidos se producían fuera, en el poblado.

Saltó de la cama. Iako dijo:

—Unos desconocidos atacan la ciudad himonita, señor.

Ardax corrió hacia la ventana. A través del hueco, pudo presenciar una serie de escenas que le dejaron estupefacto.

Había una docena de naves, de forma lenticular, evolucionando sobre el poblado. Los hombres y las mujeres corrían alocadamente. De cuando en cuando, un hombre caía al suelo. Entonces, alguien lanzaba una especie de red y el desdichado era izado rápidamente hasta la nave situada sobre él, en cuyo interior desaparecía en el acto, por una abertura ventral.

Ardax comprendió que los atacantes empleaban proyectiles narcóticos. De este modo, la captura de nativos se efectuaba sin

dificultades.

Las naves, apreció, eran bastante grandes, capaces cada una de ellas de contener cincuenta hombres sin agobio de espacio. Y en Himon había hombres jóvenes y fuertes de sobra.

En pocos minutos, quedó terminada la operación. Ardax calculó que los atacantes habían capturado más de trescientos prisioneros.

—Ciento cincuenta hombres duplicados —murmuró.

Ciento cincuenta mitades inferiores de sendos cuerpos humanos irían a parar a algún incinerador. El diabólico doctor Jutlatl conseguiría ciento cincuenta guerreros, con dos troncos, dos cabezas y cuatro brazos. Una espantosa combinación, para satisfacer las ansias de conquista de una mujer ambiciosa.

De pronto, oyó ruido cerca de la puerta.

—Cuidado, Iako —dijo.

Ardax agarró un taburete. La puerta se abrió de pronto.

—¡Eh, aquí hay uno más! —gritó el invasor.

Ardax le rompió el cráneo con el taburete. El soldado se desplomó fulminado.

Tenía una pistola de luz en el cinturón, aparte de la otra que empuñaba, la de proyectiles narcóticos, y que Ardax no le había dado tiempo a utilizar. Ardax agarró la primera y disparó dos veces, justo cuando dos atacantes corrían hacia él.

Los soldados se deshicieron en sendos relámpagos. Las descargas de luz-energía pura disolvían literalmente los cuerpos humanos en fracciones de segundo.

De pronto sonaron unos agudos chillidos de mujer.

Ardax corrió hacia el lugar donde se oían los gritos de Zyna. Cuando llegó al patio circular, vio que la muchacha, envuelta en una red, era izada rápidamente hacia una nave situada en la vertical del edificio.

Levantó la pistola. Pero Zyna se hallaba ya a unos veinte metros del suelo. Si mataba a los hombres que tiraban del cable, caería y se estrellaría contra el duro pavimento.

Zyna desapareció en la nave. La compuerta inferior se cerró de golpe. Un segundo después, la nave iniciaba un velocísimo ascenso, que la hizo desaparecer en pocos instantes de la vista de Ardax.

* * *

La consternación era enorme.

Un tétrico silencio era la nota común en el poblado.

Apenas si se veían personas por las calles.

Centenares de familias habían perdido a uno de sus miembros. Los himonitas estaban seguros de que ya no verían más a los secuestrados.

—En pocos meses hemos perdido más de quinientos hombres, todos ellos jóvenes y fuertes —dijo Virr—. De seguir así, antes de un año sólo quedaremos los viejos, las mujeres y los niños.

—Los niños pueden crecer...

—Y también serán raptados, apenas sean adultos. Ardax, ¿por qué han tenido que elegir precisamente a los hombres himonitas?

Ardax meneó la cabeza.

—Tal vez por alguna cualidad corporal específica, que no se da en otras razas galácticas —supuso.

—El primer secuestro se efectuó hace unos seis años. Dos más tarde, perdimos cuatro hombres... Es obvio decir que fueron dos los primeros secuestrados, con los que, seguramente, Jutlatl realizó sus primeras experiencias. Más tarde, el número de secuestros aumentó, aunque no en una cifra alarmante. Pero desde hace pocos meses, esos malditos efectúan constantes *razzias*, aunque nunca, como hasta hoy, se habían llevado tantos de una sola vez.

—Sin contar a Zyna —dijo Ardax.

—Resulta extraño —dijo Virr—. ¿Por qué se la han llevado? Es la primera mujer que secuestran... y si se hubiesen llevado a otra, comprendería que Jutlatl quisiera hacer experimentos con personas del sexo femenino. Pero no, sólo ella falta...

—Yo sé quién podrá explicarme este enigma —dijo Ardax.

Virr le miró inquisitivamente,

—Vuelvo a Waharia —añadió el forastero.

—Salva a nuestro pueblo —pidió Virr—. Si lo consigues, se hablará de ti mientras viva un himonita. Nadie será más venerado que tú, coronel Ardax.

—No busco la veneración —sonrió el aludido—. También tengo una pequeña cuenta que ajustar con Nikydia. ¿Cuándo puedo partir?

—En el momento en que lo desees. Aguarda, por favor.

Virr salió de la estancia y volvió a poco con un paquete en las manos. Tenía forma oblonga y estaba cubierto por una fina tela oscura, que impedía ver lo que había en su interior.

—Doscientos billetes aurificados de diez mil —dijo Virr—. No se va

a la guerra sin dinero —añadió, sonriendo.

—Demasiado —objetó Ardax.

—Puedes necesitar hacer algún gasto importante. La vida de Zyna vale mucho, ciertamente, y es nuestra señora, pero aún son más importantes las vidas de los hombres. No porque Zyna sea la primera en rango de los himonitas va a tener preferencia en su salvación sobre los demás.

—La salvaré y también salvaré a cuantos pueda —prometió Ardax.

* * *

—Te recomiendo actúes por sorpresa.

Wahar estaba ya a la vista. Los instrumentos de la astronave se ocuparían del planetizaje. El viaje a Oweth-14 había sido pospuesto.

Ardax se volvió hacia el robot.

—¿Por sorpresa? —dijo.

—Siempre es conveniente. Ah, y cómprate una guitarra.

Ardax sonrió. En cierta ocasión, había actuado como una especie de trovador de la galaxia. Había tenido mucho éxito, y pensó que quizá la bella Nikydia pudiera sentirse influenciada por los sonos de su instrumento. En los viejos libros encontrados en aquel muerto planeta al que le desterraron había aprendido muchas cosas, incluidos algunos refranes: «La música amansa a las fieras.»

Sí, se compraría una guitarra apenas pusiera pie en Waharia,

Poco más tarde, tomaron tierra. Los trámites aduaneros eran poco menos que inexistentes. Uno de los oficiales, sin embargo, miró su documentación con cierta insistencia.

—¿No está en regla? —preguntó Ardax.

—Hay órdenes de la princesa-gobernadora respecto de un tipo que se llama como tú —contestó el oficial.

Ardax recogió su documentación con gesto entre burlón y autoritario.

—Llama a palacio. El Ardax que busca Nikydia soy yo. Haz que le digan que iré más tarde a verla.

El oficial asintió. Había una nota de mando en la voz del recién llegado que no se podía ignorar.

Faltaban todavía bastantes horas para anochecer. Ardax encomendó cierta misión a su robot.

—Nos veremos mañana —dijo, al separarse de Iako.

Anduvo un rato por las calles. Quería llevar un regalo a Nikydia. Al fin, encontró lo que buscaba.

Cuando salió de la joyería, entró en una taberna, para tomar una jarra de la fuerte y un tanto ácida cerveza wahariana. Pegado a una de las paredes divisó un gran cartel. Se anunciaban los juegos anuales de Mashir-IV. Habría combates reales en el circo y elevados premios para los ganadores.

Los juegos se celebrarían dos semanas más tarde. Uno de los premios especiales se otorgaría al que venciese a un gladiador que se consideraba invencible: un hombre de doble tronco, con cuatro brazos, los cuales manejarían un hacha, una espada, un alfanje y una especie de hoz, según el dibujo; cuatro armas formidables, cada una de las cuales era capaz de cortar la cabeza de una persona sin apenas esfuerzo.

Habría doce peleas contra otros tantos gladiadores bihumanos. Ardax frunció el ceño al contemplar el cartel.

Al atardecer, fue a la casa en que había tenido lugar la primera entrevista con Nikydia. Llamó a la puerta y abrió una mujer vieja, de rostro apergaminado, que le miró recelosamente.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Ardax le enseñó un billete de a cien. El billete desapareció instantáneamente en la arrugada mano de la anciana.

—Entra —dijo ella.

Ardax cruzó el umbral. Sacó otro billete.

—Enséñame la entrada del pasadizo que conduce a las habitaciones de Nikydia —pidió Ardax.

La vieja titubeó. Ardax añadió un tercer billete.

—Está bien, ven conmigo —dijo la mujer.

CAPÍTULO V

Vestida sucintamente, sólo con aquellos dos cuencos de oro y unos exiguos pantaloncitos de tejido de oro, Nikydia entró en su cámara, la cual daba a una amplia terraza con profusión de flores y plantas. Encima de una mesa vio algo que brillaba.

Atraída por la curiosidad, se acercó y cogió el estuche abierto, en el que brillaba un costoso brazalete de oro y piedras preciosas. Estaba preguntándose quién habría podido dejar allí la joya cuando, de pronto, oyó el rasgueo de una guitarra en la terraza.

Nikydia respingó. Una voz varonil, de atractiva entonación, sonó casi en el acto.

La joven se acercó a la terraza. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Ardax estaba allí, tocando la guitarra, con la que acompañaba su canción. El hombre sonreía.

—Tú —dijo Nikydia.

Ardax asintió y siguió cantando. Minutos después, dejó la guitarra a un lado, avanzó hacia la mujer, rodeó su cintura con los brazos y se inclinó buscando sus labios. Nikydia, estupefacta, no supo reaccionar.

Al cabo de un instante, Ardax se separó de ella.

—¿Te ha bastado? —preguntó.

Nikydia le miró a través de los párpados entornados.

—¿El beso o la joya?

—Las dos cosas —rio él.

La expresión de Nikydia se suavizó.

—Las dos me han gustado enormemente —dijo.

—Lo celebro. ¿Puedo beber?

—¿Qué puedo prohibirte ya?

—Muchas cosas. Aún sigues siendo Nikydia, princesa-gobernadora de Wahar.

—La cual está terriblemente enojada contigo, por no haber acudido a la cita convenida.

Ardax le entregó una copa.

—Tuve trabajo —se disculpó.

—¿Esperas que te crea?

—Estoy aquí. ¿Qué puede importar un retraso de tres semanas?

—Según se mire...

—Nikydia, tú tienes algo que me interesa muchísimo. Debo conseguirlo.

—En las condiciones pactadas.

—Claro. ¿Cuándo empezamos?

Ella jugueteó un instante con la copa que estaba tallada en un bloque de diamante.

—Todavía necesito algún tiempo —contestó.

—¿Qué sucede? ¿Es que aún no tienes los soldados necesarios?

—No hagas preguntas, coronel. ¿Te quedarás aquí?

—Una semana solamente.

—¿Por qué?

—Quiero asistir a los juegos anuales de Mashir-IV.

—Puedes verlos desde aquí por televisión...

—Los televidentes no ganan premios en metálico, Nikydia.

—Ah, piensas combatir.

—Claro. Me gustan las buenas peleas —sonrió él—. ¿Sabes?, vencer a un hombre cuadrumano, que maneja cuatro armas a un tiempo, debe de proporcionar mucha fama. Aparte del premio, claro.

—Puedes quedarte sobre la arena...

—Soy fuerte, listo y hábil.

Nikydia se echó a reír.

—No te quedas corto elogiándote a ti mismo. Me gustaría verte combatir con uno de esos hombres de dos troncos y cuatro brazos.

—Conecta tu televisor y te daré ese capricho. ¿No tenemos nada más que hablar de tu ejército?

—Por ahora, eso es algo que puede aguardar. Ha habido una ligera variación en los planes.

Ardax frunció el ceño.

—Eso significa que no voy a disponer de la declaración de Biklos —

murmuró, con fingido enojo.

—Está segura, no temas. Será tuya cuando llegue el momento, no antes —contestó Nikydia.

—Y, naturalmente, tú serás la que decida ese momento.

—Sí.

Ardax echó a andar.

—Está bien. Volveré a verte después de los juegos mashirianos —dijo.

—¡Aguarda, hombre! ¿Por qué tanta prisa? —protestó ella.

—Si no tenemos ya nada de qué hablar, aquí no hago nada.

Nikydia se le acercó, insinuante.

—Se puede hablar de otras muchas cosas —dijo.

—¿Por ejemplo...?

Los brazos de la mujer rodearon el cuello del visitante.

—Podemos hablar de nosotros mismos —murmuró. De repente, pareció recordar algo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —exclamó.

Ardax se echó a reír.

—He usado el mismo pasadizo que usaba tu abuelo —contestó.

—Hawada tiene orden de no...

—Esa orden no reza conmigo —atajó él, a la vez que atraía con fuerza hacia sí a aquella hermosa mujer

Minutos más tarde, Ardax volvió a llenar las copas. Nikydia descansaba lánguidamente en un diván.

—¿Qué planes de conquista tienes? —preguntó él por encima del hombre.

—¿Conquista?

—Sí. Un ejército duro y aguerrido no es sólo para paradas y desfiles. Se emplea en algo más; en la guerra por ejemplo.

—Oh, es que... Coronel, ¿qué prisa tienes en conocer detalles de mis planes?

Ardax se volvió hacia ella con las copas en las manos.

—Si voy a ser tu general, debo conocer, al menos, las líneas maestras de tu estrategia política, para que yo pueda planear mi estrategia militar —dijo.

Entregó una copa a la mujer y levantó la suya.

—Salud —brindó.

Nikydia sonrió. Tomó un sorbo y dejó la copa a un lado.

Sesenta segundos más tarde, la cabeza de Nikydia reposaba sobre el

respaldo del diván.

* * *

Ardax se acercó a la mujer dormida y levantó uno de sus párpados. Nikydia no se había enterado siquiera de que había sido narcotizada.

—Nikydia, ¿me oyes? —llamó.

—Sí, te oigo.

—Dime dónde tiene Jutlatl su laboratorio.

—No lo sé.

—Estás mintiendo.

—No lo sé.

—Tus hombres han secuestrado a trescientos himonitas y a su princesa Zyna. ¿Dónde están?

—No lo sé.

Ardax frunció el ceño.

La actitud de Nikydia no era lógica. Tenía que contestar ineludiblemente con la verdad a todas sus preguntas.

Pero por mucho que insistió, sólo recibió una sola e invariable respuesta:

—No lo sé.

Los efectos del narcótico se disipaban después de quince o veinte minutos de su ingestión. Cuando se dio cuenta de que no conseguiría nada, Ardax vertió el vino de la copa de Nikydia en una gran maceta y la llenó nuevamente, aunque no por completo.

Ella abrió los ojos unos minutos después.

—Me he dormido —dijo.

—Estás bromeando —sonrió el—. Acabo de darte la copa y ambos hemos tomado un sorbo de este excelente vino.

Nikydia sacudió la cabeza.

—Diría que perdí el conocimiento.

—¿Por mi culpa?

—Quizá esté equivocada. —Nikydia sonrió—. Ven, acércate.

Ardax obedeció. Mientras la besaba, pensó que su fracaso se debía solamente a una causa: Nikydia era terriblemente lista y había hecho acondicionar su mente para no dar respuestas comprometedoras en estado de narcosis.

Tendría que idear otro medio para hallar las respuestas que tanto le

interesaban.

* * *

Iako le aguardaba a la mañana siguiente en su habitación del hotel.

—No he conseguido nada —dijo.

Ardax hizo un gesto de preocupación.

—Es decir, nadie sabe dónde puede estar ahora el doctor Juliardus, y mucho menos bajo el nombre de Jutlatl.

—Así es. Nadie lo sabe.

De pronto, Ardax chasqueó los dedos.

—Iako, tú conservas en tus circuitos memoria gráfica de la cara de Juliardus —exclamó.

—Por supuesto, pero si mis objetivos visuales son fotográficos, valga el símil, no puedo, en cambio, reproducir ninguna de las imágenes captadas —contestó el robot.

—Eso es algo que se tendría que solucionar de alguna manera —dijo Ardax pensativamente—. Se te podría instalar un circuito fotográfico, con micropelícula que luego se podría revelar...

—Una grabadora televisual.

—Sí, justamente.

—Pero eso serviría sólo para las imágenes que captase de ahora en adelante. Las otras no son sino recuerdos impresos en mis circuitos de memoria.

Ardax hizo un gesto de desaliento.

—Aunque mi memoria artificial es excelente, por otra parte —añadió Iako.

—No lo dudo, pero...

—De vez en cuando, mi circuito principal coordinador me sugiere lo que un humano haría en tales circunstancias.

—¿Qué haría ahora un humano, Iako?

—Si hubiera conocido al doctor Juliardus y supiera dibujar, tomaría papel y lápiz.

Ardax casi aulló de alegría.

—Espera, Iako, no te muevas —ordenó.

Abandonó la habitación. Un cuarto de hora más tarde, volvía con unas hojas de papel y algunos lápices.

—Empieza, Iako.

El robot se aplicó al trabajo. Diez minutos más tarde, Ardax contemplaba la cara de un hombre de unos cincuenta y cinco años, nariz ganchuda, cejas picudas y expresión sardónica.

—¿Juliardus?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que lo viste por última vez, Iako?

—Seis años, señor. El rostro no ha podido cambiar apenas en tan corto espacio de tiempo.

—A menos que se lo haya cambiado deliberadamente, como ha hecho con el nombre.

—Podría ser —convino el robot—. Bien, ahora ya conoce usted al doctor Juliardus...

—Le conozco yo, pero es probable que otros muchos le conozcan también. O, al menos, han podido verle en alguna parte. Iako, has tenido una magnífica idea al dibujar la cara de Juliardus. Deja ahora que yo complete la idea.

—¿Cómo, señor?

—Simplemente, encargando un centenar de reproducciones fotográficas de este dibujo —contestó Ardax, sonriendo.

El robot hizo una profunda inclinación.

—Acabo de grabar en mis circuitos da memoria la segunda parte de la idea, con objeto de ponerla en práctica en otra ocasión, si fuese necesario —dijo solemnemente.

CAPÍTULO VI

La reproducción de la fotografía, de tamaño aproximadamente al de una postal, fue a parar a manos de uno de los más acreditados taberneros de Waharia.

—Hay un billete de diez mil esperando al que me indique dónde puedo encontrar a este tipo —dijo Ardax—. Y para usted...

El tabernero se embolsó la décima parte de la suma prometida.

—Por aquí viene mucha gente, coronel —dijo.

—Gracias, Ehlon. Hay una clase de personas que no deben ver la fotografía.

—¿Sí?

—Los guardias de Nikydia.

Ehlon torció el gesto.

—Hace algún tiempo que a esa buena señora le sucede algo —comentó—. Las cosas empiezan a cambiar en Waharia; ya no son como eran antes.

—¿Qué ocurre, Ehlon?

—Hay disminución de clientela. Algunos dicen que muchas personas desaparecen misteriosamente y no se vuelve a saber más de ellas. Los viajeros se retraen o están aquí menos días. Hablando claro, la gente empieza a tener miedo de Wahar.

—Y eso no os conviene a los taberneros.

—Ni a los comerciantes ni a nadie. —Ehlon bajó la voz—. Se habla de diabólicos experimentos, pero ninguno sabe una sola palabra.

Ardax sonrió, a la vez que golpeaba con el índice la cartulina.

—Quizá por eso mismo busco yo al doctor Juliardus —dijo—. Ehlon, al dorso de la fotografía está el número de mi videófono, en el hotel. He pedido una línea privada, además de la que está conectada a la

centralita.

—De acuerdo, coronel.

Ardax se despidió de Ehlon. Todavía le quedaban cuatro días antes de partir para Mashir-IV. Cien fotografías y la promesa de una sustanciosa recompensa, podían obrar maravillas.

Volvió al hotel. Todavía no tenía noticias de Selene.

Echó de menos a la maravillosa muchacha que ahora no estaba a su lado. Selene, la hija del general Markhovr, la única persona que había creído en él cuando fue condenado por traidor... Suspiró; ella tenía derecho, a fin de cuentas, a visitar a su familia.

Tres días más tarde, recibió una llamada en su habitación:

—¿Coronel?

—Sí.

Ardax observó que la pantalla permanecía en blanco. El comunicante no quería dejar ver su rostro.

—He oído hablar que tiene un billete de diez mil para el que le diga el paradero del doctor Juliardus.

—En efecto, así es.

—Estaré aguardándole en la taberna de Ehlon. Busque el reservado número dieciséis. Y lleve el dinero, por supuesto.

—Iré, pero, dígame, ¿cuál es su nombre?

—Koo, es suficiente.

La pantalla se apagó. Ardax fue al baño, se aseó rápidamente y se cambió de ropa.

—Voy a salir, Iako —dijo.

—Bien, señor.

—He sido citado en el reservado dieciséis de la taberna de Ehlon. Se llama Koo.

—Sí, señor.

Ardax abandonó el albergue. Media hora más tarde, entraba en el local de Ehlon.

El dueño no estaba a la vista. Ardax juzgó innecesario llamarle. Directamente, se encaminó a la zona de los reservados.

Momentos después, abrió la puerta número dieciséis. Apenas lo hizo, se dio cuenta de que Koo no le informaría jamás dónde estaba el doctor Juliardus.

Koo yacía en el suelo, con el cuello cortado de oreja a oreja.

Ardax inspiró profundamente. Empezó a pensar que el servicio de

información de Nikydia era mejor de lo que había creído.

De pronto, sintió en la espalda algo duro.

—Levanta las manos, coronel traidor.

* * *

—Coronel traidor —repitió Nikydia, furiosa.

Ardax, con las manos atadas a la espalda, permanecía erecto delante de la mujer. Nikydia se paseaba como una fiera enjaulada, arriba y abajo, en la sala donde tenía lugar la entrevista.

—Traidor a todos, sí; a tu mundo, a mí... —El pecho de Nikydia se agitaba violentamente—. A todos traicionas; eres el hombre en quien nadie podrá confiar jamás.

Ardax guardaba silencio. De pronto, Nikydia detuvo sus pasos para situarse frente al prisionero.

—El otro día me narcotizaste —dijo—. Me engañabas cuando decías que no me había dormido. ¿Tienes que alegar alguna cosa?

—Si lo sabes tan segura, ¿de qué serviría negarlo?

—Ignorabas que no soy tonta, que tengo la mente acondicionada contra posibles interrogatorios bajo hipnosis. ¿Verdad que no lo sabías?

—¿A qué o a quién temes, para haber hecho que te acondicionen el cerebro?

Ella le abofeteó repentinamente.

—¡Yo no temo a nadie! —gritó.

—Ahora me temes a mí —sonrió Ardax—. No tienes la conciencia tranquila y por eso...

—¡Calla! —gritó Nikydia con voz crispada—. No temo a nadie, entérate bien. Pero quiero que me digas una cosa.

—Si la sé...

—¿Por qué buscas a Juliardus?

—Y tú, ¿por qué quieres que no lo encuentre?

Nikydia se quedó parada ante la lógica de la pregunta.

—No eres tú el que interroga, sino yo —dijo—. Contéstame, traidor.

Ardax sonreía.

—Yo no tengo la mente acondicionada. ¿Por qué no empleas la hipnosis conmigo?

—No me hace falta. Sé muy bien que estuviste en Himón-3. Allí te convencieron para que los ayudases.

—Lo que vi, fue suficiente para darles la razón en su querella.

—¡Qué saben esos pobres salvajes...!

—Son menos salvajes de lo que piensas, aunque no discutiremos por una minucia. En cambio me gustaría saber qué objeto tiene el secuestro de Zyna, su princesa.

Nikydia sonrió.

—Su puesto es mío ahora —dijo—. Yo soy la princesa gobernadora de Wahar y de Himón-3.

—Mucho ambicionas —dijo Ardax calmamente—, pero convendría que oyeras la opinión de tu pueblo.

Ella arqueó las cejas.

—¿Por qué? ¿Qué puede interesarme...?

—Los comerciantes están quejosos, y lo mismo sucede con los taberneros, hosteleros, joyeros, en fin, todo el que tiene un negocio. Se rumorea que muchas personas desaparecen misteriosamente, sin que se vuelva a saber jamás de ellas. La gente empieza a retraerse de viajar a Waharia. Puedes tomarlo a risa, si quieres, pero cuando los negocios van mal, todo va mal... empezando por ti y tus ministros.

—Tonterías —bufó ella—. Algunos me quieren mal...

Ardax se encogió de hombros.

—Yo no gobierno Wahar —dijo—. ¿Has hecho matar a Zyna? —preguntó.

—No, aún vive. Y si quieres saber qué va a ser de ella, te lo diré en el acto, porque tú correrás su misma suerte. Os he vendido a Skerlus, el maestro de gladiadores de Mashir-IV, para que actuéis en los próximos juegos de aquel planeta.

* * *

Dos noches más tarde, una patrulla de soldados entró en la celda ocupada por Ardax. El prisionero se puso en pie, pero, casi en el acto, uno de los soldados le lanzó a la cara un chorro de gas y se durmió a los pocos instantes.

Cuando despertó, se encontró en una astronave. Al menos, la disposición del lugar en que se hallaba, le dijo con toda claridad que estaba viajando a través del espacio.

Ardax se puso en pie. Entonces fue cuando se dio cuenta de que no estaba solo a bordo de la nave.

Zyna dormía profundamente en una de las literas de la cámara. El

pecho de la joven subía y bajaba con regularidad. Ardax le tomó el pulso; quizá era más sensible a los efectos del narcótico, pensó.

Media hora después, despertó la joven.

—¿Qué tal? —sonrió Ardax.

Zyna se sentó lentamente en su litera.

—Estás aquí —dijo.

—Prisionero, como tú.

—¿Sabes adónde nos llevan?

—No te lo han dicho, ¿verdad?

Zyna negó con la cabeza.

—Desde que me secuestraron he estado prisionera en una celda, donde no he visto a nadie, sino a los soldados que me llevaban la comida. Anoche, creo, me arrojaron un vapor a la cara y me dormí. Eso es todo lo que sé —explicó.

—Debes conocer la verdad. Hemos sido vendidos, Zyna.

El bello rostro de la joven expresó un horror infinito.

—¿Vendidos? ¿Cómo bestias?

—Sí, así es.

—Pero ¿quién nos ha comprado...?

—Skerlus, el maestro de gladiadores de Mashir-IV.

Zyna sacó las piernas de la litera y se puso en pie.

—Allí se celebran unos juegos bárbaros todos los años...

—Y, por lo menos yo, tendré que pelear para salvar mi vida. Aunque sospecho que me enfrentarán con algún adversario al que no podré vencer.

Había una pequeña ventana en la cámara. Zyna se acercó y contempló el cielo constelado por millones de estrellas.

—No lo siento por mí —dijo—. Mi pueblo...

De pronto, se volvió hacia el joven.

—Ardax, tú eres inteligente y valeroso. Virr me hizo grandes elogios de ti. ¿Por qué no luchamos para apoderarnos de la nave?

Ardax enseñó sus manos.

—¿Sin armas?

—¿Cuántos son los tripulantes?

—No tengo la menor idea. Pero si pudiéramos sorprenderlos...

Ardax paseó la mirada por el interior de la cámara. Las literas eran simples colchonetas, forradas de tejido muy fuerte y de escasa blandura. No había nada suelto, ni siquiera la menor barra de hierro que pudiera

convertirse en un arma.

Al lado había un pequeño cuarto de baño. El lavabo estaba sólidamente empotrado en el mamparo. Ardax se contempló en el espejo; la figura de Zyna se reflejó en el cristal azogado, detrás de él.

Ni siquiera había toallas. Un secador de aire caliente enjugaría la piel húmeda, después del aseo. Pero, de repente, advirtió la larga cabellera de Zyna, que caía suelta hasta más abajo de su cintura.

Se acercó al espejo y lo tocó con las yemas de los dedos. De repente, alzó el brazo derecho y golpeó el cristal con el codo.

El espejo se rompió. Zyna lanzó una exclamación de susto.

—¿Qué haces?

Ardax se volvió hacia ella.

—¿Estás decidida a luchar antes para conseguir escapar de aquí? —preguntó.

—Haré cualquier cosa...

—¿Cualquier sacrificio?

—Sí.

Ardax acarició los largos cabellos de la joven.

—Lástima, un pelo tan bonito —suspiró.

CAPÍTULO VII

Zyna se contempló en uno de los trozos de espejo que habían quedado, después de la rotura. Sentado en su litera, Ardax trabajaba activamente.

Al cabo de un buen rato, enseñó el resultado de su labor.

—Espero que resista —sonrió.

Zyna se pasó una mano por la cabeza. El pelo que quedaba, después de cortado con el vidrio, no era mucho más frondoso que el de Ardax.

Pero habían conseguido una larga trenza, fuerte y resistente. Ardax confiaba en aquella arma improvisada.

La puerta se abrió de pronto.

—Eh, vosotros, a comer —dijo alguien.

El individuo estaba en la puerta, con una bandeja en las manos. Al otro lado se veía un soldado armado.

—El baño está estropeado —se quejó Zyna.

—Imposible —dijo el sirviente—. Yo mismo lo revisé...

—¿Quieres entrar y verlo tú mismo?

El hombre rezongó algo entre dientes. Cruzó la puerta, dejó la bandeja sobre una de las literas y avanzó hacia el cuarto de baño. Zyna, previamente instruida por Ardax, empujó la puerta con gesto aparentemente maquinal.

Ardax aguardaba al otro lado del baño. El sirviente entró.

—¿Dónde está la avería? —preguntó.

Un puño se abatió demoledoramente sobre su sien. Ardax había visto que el sujeto no estaba armado y prefería reservar el lazo que habla fabricado, trenzando el pelo de la joven.

Asomó la cabeza. Zyna le hizo señas de que al otro lado de la puerta había un soldado con armas.

Ardax avanzó de puntillas y se situó a un lado de la puerta. Ella

volvió a abrir.

—Oye, a tu amigo le ha pasado algo —dijo—. Yo juraría que ha recibido una descarga eléctrica...

El soldado se precipitó en el interior de la cámara sin pensárselo dos veces. Apenas había cruzado el umbral, algo rodeó su cuello con irresistible presión constrictora.

Zyna cerró rápidamente, a fin de que no se oyeran ruidos desde el exterior. El soldado pataleó con frenéticos movimientos, pero el lazo hizo su labor y, a los pocos momentos, se quedó inmóvil.

Ardax no perdió tiempo en apoderarse de su pistola de luz. Zyna volvió los ojos a un lado, para no contemplar el cuerpo caído en el suelo.

—¿Ha muerto? —murmuró.

—No, sólo está desmayado, aunque tendrá dolor de garganta durante unos días.

Ardax comprobó la carga del arma. Luego abrió la puerta. El corredor terminaba a lo lejos en una escalera de cinco o seis peldaños.

Ardax corrió silenciosamente hasta la escalera. Subió sin hacer ruido y abrió la puerta que había al final.

Al otro lado se veía a un hombre, sentado en un sillón, ante el panel de mandos. Ardax avanzó de puntillas y, de repente, le puso la pistola en la sien.

—No te muevas —dijo—. Si no quieres convertirte en humo, haz todo lo que yo te diga o morirás.

El sujeto se estremeció terriblemente.

—¿Ardax?

—Sí.

—Nos advirtieron que eras un sujeto peligroso. En tu cámara no hay nada con lo que se pueda hacer un arma...

Ardax rio.

—Os olvidasteis del pelo de la chica. Con una cabellera como la de Zyna, se puede hacer un lazo magnífico.

—Y estrangular a dos hombres.

—A uno y sólo a medias. El otro recibió sólo un golpe... ¿Eres el capitán de la nave?

—No. Sólo el tercer oficial. Me llamo Jitio.

—Encantado, Jitio. Anda, llama a tu capitán. Dile que hay dificultades en el radar de asteroides. Nada más o te convierto en humo,

recuérdalo.

Jitio suspiró. Tocó una tecla y dijo:

—Capitán, al puente. Dificultades en el radar de asteroides.

—Está bien, Jitio, iré ahora.

Ardax hizo una señal con la mano. Zyna se apartó a un lado.

—Cuidado, Jitio —avisó Ardax, situándose junto a la puerta.

Pasaron algunos minutos. De pronto, un hombre entró en la cámara.

—¿Qué sucede con el radar de asteroides? —preguntó, irritado.

—Nada, capitán; se encuentra en perfectas condiciones.

—¿Eh? ¿Se trata de una broma?

De pronto, el capitán se dio cuenta de que no era Jitio el que había hablado. Volvió la cabeza y se encontró ante la pistola que empuñaba Ardax.

—Te has escapado —dijo.

—Ya ves —sonrió, Ardax.

* * *

Zyna no parecía muy complacida con la idea de seguir viaje a Mashir-IV.

—Podríamos volver a Himón-3.

—No —decretó Ardax, atento a las maniobras de planetizaje—. Por lo menos, doce de tus compatriotas, que no hace mucho eran veinticuatro, van a luchar en los juegos del circo. Quiero observar cómo se comportan y ver cómo han llegado hasta aquí... En Mashir-IV hay demasiada gente armada para poder liberarlos, aparte de que lo principal ha sido conseguido. Pero, por otra parte, recuerda lo que nos dijo el capitán: Skerlus en persona, el maestro de gladiadores, vendrá a hacerse cargo de nosotros. Y una conversación con Skerlus resultará muy interesante.

Zyna acabó por rendirse a los argumentos de Ardax. El capitán y sus tripulantes estaban encerrados y no habían constituido problema alguno, desde que Ardax se apoderó de la nave.

Al fin, tomaron tierra. Antes de abrir la escotilla, Ardax hizo unas cuantas operaciones en la cámara de mando. Luego de la última comprobación, se puso en pie.

Abrió la escotilla. Un hombre alto, tremendamente fornido, de cráneo afeitado, aguardaba en el exterior.

—¿Capitán Baran? —preguntó.

—Soy Jitio, primer oficial. El capitán está en su cámara. Tiene que hablar con un individuo llamado Skerlus...

—Yo soy Skerlus.

—Ah, hola, encantado —sonrió Ardax—. ¿Quieres pasar, por favor? Skerlus hizo una señal a los dos hombres armados que le acompañaban. Luego se dirigió hacia la escalera de acceso a la nave.

La escotilla se cerró. Ardax apoyó la pistola en la nuca del maestro de gladiadores.

—Regístrale, Zyna.

Skerlus se estremeció horriblemente.

—Me has engañado —rugió.

—Deberías haber pedido una espacio foto de Jitio —rio Ardax—. Vamos, camina.

Zyna sacó un corto puñal de debajo de la túnica que vestía Skerlus. El hombre caminó hasta la sala que servía de comedor a la tripulación de la nave y se sentó en una silla, a una indicación de su captor.

—Eres el maestro de gladiadores —dijo Ardax.

—Sí.

—De mí sé que ibas a hacerme luchar en el circo. ¿Qué órdenes tenías para la chica?

Skerlus se encogió de hombros.

—Hay algunos condenados que no lucharán; simplemente, serán arrojados a las fieras. O quizá a la flor gigante carnívora... A la gente le gusta mucho este número.

Zyna se estremeció.

—Pero ¿qué mundo de salvajes es éste? —gritó.

—Algún día será preciso destruirlo —dijo Ardax—. Pero no hablemos más de nosotros. Skerlus, quiero que me digas quién y cómo os proporcionan los hombres de cuatro brazos.

El mashiriano apretó los labios.

—No hablaré —dijo.

Ardax sonrió.

—Detrás de ti hay una puerta que da al expulsor de desperdicios. Es una turbina que destroza un cuerpo humano en cuestión de segundos. Claro que también se pueden limitar sus efectos; por ejemplo, cuando se mete solamente una mano o un pie por el orificio de lanzamiento.

La cabeza afeitada de Skerlus se puso mucho más brillante, a causa de las innumerables gotitas de sudor que habían brotado después de las

palabras de su captor.

—Los hombres de cuatro brazos vienen de Wahar...

—Eso ya lo sabía. ¿Quién los trae? ¿O vas tú a buscarlos?

—No. Llegan en una nave especial. Bueno, a decir verdad, hasta ahora sólo ha llegado una expedición...

—¿Aguardas más?

—Sí, cuatro, que llegarán pasado mañana.

Ardax continuó el interrogatorio y obtuvo valiosas respuestas. Los juegos empezaban al día siguiente y en ellos se celebrarían los cuatro primeros combates de los gladiadores de cuatro brazos y dos troncos.

—Una última pregunta, Skerlus. Eres el maestro de gladiadores, pero tendrás ayudantes. ¿Cómo se llama tu segundo?

—Watabi.

—Está bien, eso es todo. Ponte en pie.

Skerlus obedeció. Ardax lo llevó a una cámara, en donde lo encerró bajo llave. Luego volvió al puente de mando, señaló una cifra en un reloj y tocó un interruptor.

—Vamos, Zyna —dijo al terminar.

Corrieron hacia la salida. Los dos guardias esperaban en el exterior.

—Skerlus os llama —dijo Ardax.

Los guardias entraron en la nave. Apenas habían cruzado el umbral, la escalerilla se replegó automáticamente y la escotilla se cerró.

Cinco segundos más tarde, la nave inició el despegue.

Ardax agitó una mano.

—Buen viaje —dijo.

Zyna le contemplaba estupefacta.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

—Cuando se necesita, una nave puede despegar automáticamente, en el momento que lo desees, si has marcado previamente la hora en el reloj que hará funcionar los instrumentos. El rumbo y la velocidad están igualmente programados de antemano.

—¿Y...?

—La nave vuelve a Wahar. Tarde o temprano, el capitán y sus tripulantes conseguirán liberarse. Por supuesto, todos los transmisores están inutilizados, de modo que no podrán avisar a Mashir-IV de lo que les ha sucedido. Estarán incomunicados hasta el momento del planetizaje en Wahar.

—Alan —dijo Zyna, llamándole por vez primera por su nombre—,

eres terrible.

—Soy mal enemigo, en efecto —convino él.

Empezaron a caminar hacia la salida del astropuerto. Un par de horas más tarde, estaban en la capital, que era un hervidero de gentes, atraídas de planetas lejanísimos, al olor de la sangrienta diversión en el circo. Ardax y Zyna tuvieron que recorrer buen número de albergues, hasta encontrar uno en el que, al fin, pudieron conseguir, a base de billetes, una sola habitación.

El dueño del albergue se encargó de obtener los billetes para los juegos del día siguiente. Después de cenar, Ardax y Zyna volvieron a la habitación.

—Hemos tenido que fingir que somos marido y mujer —dijo él, mientras se quitaba la túnica corta que usaba habitualmente—. Duerme tú en la cama; yo me tumbaré en ese diván.

Zyna avanzó hacia Ardax y le puso ambas manos en los hombros.

—Con dinero no podría pagarte todo lo que haces por nosotros —murmuró—. Y me gustaría enormemente mostrarte mi gratitud...

—Me espera un bloque de diamante de veintiocho toneladas —sonrió Ardax.

—¿Es eso todo lo que esperas de mí?

Era una pregunta muy directa. Ardax miró a la joven y vio una luz especial en sus ojos. Rodeó su esbelto talle con los brazos y, lentamente, se inclinó hacia ella, buscando sus labios.

CAPÍTULO VIII

El griterío era ensordecedor. Los cuidadores habían arrastrado los últimos cadáveres y ahora se ocupaban de tapar las manchas de sangre con más arena.

Los altavoces anunciaron unos minutos de descanso. Ardax miró a Zyna; la joven estaba pálida, a causa de la tensión que producía en su ánimo el bárbaro espectáculo.

El anfiteatro era enorme, con capacidad para casi doscientos mil espectadores afortunados que podían presenciar en directo los combates entre gladiadores. Decenas de cámaras, estratégicamente situadas, transmitían los menores incidentes de cada pelea. En un enorme palco de honor, protegido por una gran tela púrpura, aparecían los primeros dignatarios del planeta.

Tras el descanso, cien trompetas que sonaban al mismo tiempo, impusieron silencio en la masa de espectadores.

Un altavoz tronó:

—¡Primer combate de un gladiador con un hombre de dos troncos y cuatro brazos! ¡Ahe-Yi, normal, contra el bicéfalo Sophor! Ahe-Yi luchará por su vida y por las dos mil unidades de moneda, que percibirá si gana. ¡Lucha a muerte!

Un clamoreo general acogió el anuncio del combate. Ardax sintió que la joven se estremecía.

Apretó con fuerza una de sus manos.

—Sé prudente —dijo en voz baja—. Nada de lo que digas o hagas, podrá alterar ya la suerte de esos desdichados. Pero, recuerda, mañana mismo podremos tener una magnífica pista para encontrar el laboratorio del doctor Jutlatl.

Zyna asintió. De pronto, una puerta se abrió y un hombre, armado

con casco, coraza y una larga lanza, salió a la arena.

Cruzábanse apuestas entre los espectadores sobre el vencedor. Todos apostaban por Ahe-Yi. Era uno de los más famosos gladiadores y ejercía el oficio a la fuerza. Condenado a muerte por asaltar varias astronaves en las espaciolíneas, se le había indultado para que luchara en el circo.

Ya había sostenido una docena de combates y vencido en todos ellos. El próximo, contra Sophor, sería el definitivo para él: o moría o sería libertado, y además con una buena suma de dinero como ganancia.

Sophor apareció por otra puerta. Caminaba torpemente y sus dos cabezas oscilaban a un lado y a otro. Con sus cuatro manos, empuñaba cuatro armas distintas, ya previamente anunciadas. Ardax, provisto de unos pequeños prismáticos, apreció torpeza en su mirada.

—Incluso falta de coordinación en sus movimientos —murmuró.

Zyna temblaba convulsivamente. Ardax la sujetó por la cintura, a fin de infundirle valor.

—Debiera haberme quedado en el albergue —se lamentó la joven.

—Tienes que contemplar el espectáculo. Debes recordarlo mientras vivas, para poder luchar mejor contra quienes han reducido a algunos himonitas a este monstruoso aspecto.

Ahe-Yi avanzó cautelosamente hacia el gigante. Empuñaba la lanza con la mano derecha; en la izquierda llevaba un lazo que no medía más de tres metros de largo, con el que podía atrapar alguno de los miembros de su oponente, para derribarlo al suelo.

Sophor le miró estúpidamente. La lanza avanzó hacia él y le pinchó en el tórax derecho.

Se oyó una especie de mugido. La gente rio cruelmente.

—¡Dale!

—Pínchale...

—Un poco más de estímulo, Ahe-Yi.

—He apostado cien por ti; no me hagas perder.

Ahe-Yi volvió a cargar. De repente, el alfanje que empuñaba Sophor se movió velozmente.

La lanza quedó partida en dos. Ahe-Yi se puso pálido.

Aquel monstruoso ser era menos torpe de lo que parecía. Ahe-Yi retrocedió de un salto y esquivó una furiosa estocada. Pero, al mismo tiempo, tiró el lazo y consiguió atrapar el tobillo derecho de su adversario.

Agarrando la cuerda con ambas manos, pegó un furioso tirón. Sophor cayó de espaldas.

La multitud rugió. Ahe-Yi saltó hacia el trozo de lanza que tenía el hierro, lo empuñó y se arrojó contra su adversario, que se sentaba en aquel momento.

Ahe-Yi atacaba por la espalda, asestando furiosos golpes en los dos cuellos de su adversario, de cuyas gargantas brotaban horribles bramidos de dolor. La hoz, casi tan grande como una guadaña, cayó a la arena.

El gladiador se apoderó del arma, que centelleó en el aire. Una de las cabezas de Sophor voló por los aires.

Entonces sucedió algo horrible, espeluznante.

Sophor consiguió ponerse en pie. Torrentes de roja sangre brotaban por el cuello sin cabeza. Pero aún conservaba buena parte de sus fuerzas.

Giró en redondo. Ahe-Yi era mucho más bajo que él y no podía alcanzar su otra cabeza. Sin embargo, continuaba en poder de la hoz.

La mano que sostenía el hacha voló por los aires, separada de su brazo. En el mismo instante, el alfanje trazó un veloz semicírculo.

Ahe-Yi abrió la boca, pero no pudo gritar. El alfanje le había partido literalmente en dos, seccionándole el cuerpo por la cintura.

Sophor se arrodilló. Perdía las fuerzas rápidamente. De repente, Ardax notó una súbita relajación de los miembros de Zyna.

Volvió la cabeza. El espectáculo había sido demasiado fuerte. Zyna no lo había podido resistir y se había desmayado.

Era mejor, pensó; así se evitaba contemplar el resto del horrible espectáculo, cuando unos auxiliares salieron para rematar al ya agonizante bicéfalo.

Los altavoces tronaron, anunciando un segundo combate de la misma especie. Ardax se dijo que ya había visto bastante.

Zyna empezaba a reaccionar. Sujetándola por la cintura, la hizo ponerse en pie. Juntos caminaron hasta una de las salidas, por la que abandonaron el circo, para regresar al albergue.

* * *

Ardax llenó una copa de vino y se la ofreció a la joven.

—Bebe.

Zyna meneó la cabeza. Estaba tendida en la cama, con una mano

sobre el pecho y los ojos cerrados.

—Te conviene —dijo él—. Toma un par de sorbos.

Acercóse a la cama y pasó la mano por los hombros de la joven. Zyna se esforzó por ingerir un poco de vino.

—Has vivido hasta ahora una vida demasiado placentera —dijo Ardax momentos más tarde, sentado en el borde de la cama—. Oh, no es que sea malo —añadió—; en realidad, envidio una existencia casi paradisíaca, como la de tu pueblo. Pero aunque duela, aunque produzca fuertes shocks en el espíritu conviene, a veces, endurecerlo mediante el contacto con otras formas de vida, por bárbaras que puedan ser éstas. Entonces, se adquiere experiencia y se desea volver otra vez al lugar de origen, para vivir como antes. Es... como el que está en una guerra: nunca añora tanto la paz de que disfrutaba antes, ¿comprendes?

Zyna asintió.

—Pero... semejantes barbaridades... ¿Cómo pueden llamarse seres civilizados?

—Son costumbres difíciles de desarraigar. Mashir-IV es un mundo independiente y no pertenece a la Honorable Liga de Sistemas. De otro modo, no se le permitirían los juegos circenses, con luchas a muerte entre seres humanos.

—¿No hay modo de que ingrese en un organismo semejante?

Ardax se encogió de hombros.

—Yo no puedo hacerlo —contestó—. En la Liga de Sistemas, la autonomía en el gobierno planetario es total, salvo en asuntos de interés común. Pero Mashir-IV, repito, no pertenece a la Liga.

Miró a la joven.

—Nosotros tenemos que hacer algo más inmediato y de mucha mayor urgencia —dijo.

Zyna asintió.

—La astronave llega mañana —dijo—. ¿Qué planes tienes?

—Ahora voy a salir. Estaré fuera unas cuantas horas. No temas, volveré, pero he de adquirir ciertos informes que estimo necesarios para la acción de mañana.

—Ten cuidado —aconsejó ella.

Ardax volvió bien entrada la noche.

—Ya está —dijo.

—Ya está, ¿qué? —preguntó Zyna.

—A las seis en punto, hora mashiriana, un automóvil se dirigirá al

astropuerto. Uno de sus ocupantes será Watabi, el primer ayudante de Skerlus. Con cuatro soldados, se dirigirá a la nave que ya estará llegando, a fin de hacerse cargo de los cuatro bihumanos que han de pelear en los juegos del circo. El capitán de la nave le entregará a los gladiadores y...

—¿Y...?

—Ese es el plan previsto por Watabi, repetición de otros ya realizados. Pero yo tengo mi propio plan.

* * *

Todavía no había amanecido por completo. La ruta que conducía al astropuerto estaba desierta.

Un automóvil se acercó a lo lejos, moviéndose a gran velocidad, a pocos centímetros del suelo, sustentado por los generadores de antigravedad, los que, a su vez, recibían su energía del cable oculto bajo el asfalto artificial. De pronto, el conductor vio un cuerpo caído en medio del camino.

Frenó instintivamente. Watabi, el segundo maestro de gladiadores, frunció el ceño.

—Aparta ese cuerpo del camino —ordenó al conductor—. No podemos perder tiempo en atenderle; ya avisaremos a la sanidad del astropuerto.

—Bien, señor.

El vehículo se paró. Entonces, el supuesto muerto se puso en pie.

Tenía una pistola de luz sólida en la mano. Al mismo tiempo, cuatro individuos más surgieron de la espesura contigua al camino.

—¡Quietos! —gritó Ardax.

Watabi empezó a maldecir, pero se calló cuando el cañón de una pistola le cosquilleó la nariz. Impotente, tuvo que resignarse a ver a sus cuatro soldados y al conductor caminar hacia la espesura, acompañados por sus captores.

Minutos más tarde, volvieron los cuatro hombres, acompañados por una mujer que vestía ropas masculinas. Los cinco llevaban puestos los uniformes de los soldados inutilizados.

—Está bien —dijo Watabi—. Puedo saber, al menos, ¿qué es lo que pretenden de mí?

—No gran cosa —sonrió Ardax—. Simplemente, queremos que nos ayudes.

—¿A qué?

—A engañar al capitán Denke, quien llega ahora, transportando en su nave, cuatro gladiadores bicéfalos.

Si no entiendes mis propósitos, es que eres muy torpe Watabi.

El mashiriano frunció el ceño.

—Hace tres días que no hay noticias de Skerlus —dijo—. Juraría que tú tienes algo que ver con su silencio.

Ardax soltó una risita.

—Me sorprende tu clarividencia, Watabi —contestó.

CAPÍTULO IX

Los cuatro fingidos soldados permanecían impasibles junto al automóvil que, en realidad, era un gran furgón, con capacidad suficiente para dos docenas de personas. Zyna estaba en el puesto del conductor. Ardax y Watabi se hallaban junto a la línea blanca que señalaba la zona en que tomaría tierra la nave.

El aparato chispeó en las alturas. Poco después, se posaba en el suelo.

Abrióse la escotilla principal. Un hombre apareció en el hueco.

—¡Hola, Skerlus! —gritó.

—Skerlus no ha podido venir, capitán Denke —dijo Watabi—. Yo he acudido en su lugar, para hacerme cargo de los prisioneros.

—Está bien, suban.

Ardax y Watabi se encaminaron hacia la escalerilla. Los cuatro soldados le siguieron en el acto.

Entraron en la nave. Entonces, Ardax sacó la pistola.

—¿Qué significa esto? —gritó un oficial.

—Capitán Denke, a partir de ahora, yo soy el comandante de esta nave —dijo Ardax con voz firme—. Tenga la bondad de anunciar el traspaso de poderes.

—No haré tal cosa...

—Entonces, le mataré. ¡Ahora, aquí mismo!

Los dientes del capitán chirriaron.

—Está bien —cedió al fin.

Ardax hizo una señal con la mano. Zyna abandonó el furgón y corrió hacia la astronave. Mientras, Denke anunciaba que, a partir de aquel momento, el capitán Ardax se había hecho cargo del mando.

Los cuatro auxiliares contratados por Ardax encerraron a los

tripulantes en sus camarotes. Zyna, ya recuperada de la crisis padecida la víspera, después del espectáculo presenciado en el circo, empuñaba una pistola con mano firme, manteniendo a raya a Denke y a Watabi.

Minutos después, Ardax despedía a sus colaboradores.

—Lo han hecho muy bien —dijo, a la vez que entregaba a cada uno dos billetes de diez mil.

No le importaba el derroche de dinero; para ello se lo habían dado. Y, por otra parte, le interesaba el silencio de aquellos cuatro sujetos, hombres capaces de cualquier cosa, por un puñado de billetes. Eran hombres atraídos por las fiestas, como muchos otros, donde sabían podían encontrar la aventura y el riesgo, y bastantes de los cuales se ofrecían como gladiadores, para dejarse la piel en la arena o marcharse de Mashir-IV con los bolsillos repletos.

—Sean discretos, muchachos —aconsejó Ardax.

—Descuide, coronel —dijo uno de ellos.

Ardax respiró. Hasta entonces, había usado un nombre falso. Pero el individuo le había reconocido.

—Te equivocas —dijo.

—Serví como primer artillero-torpedista en la «Fulgur», señor. Me llamo Kadd Vilo. Usted era segundo oficial de vuelo entonces.

Ardax respiró con fuerza.

—El mundo da muchas vueltas, Kadd —sonrió—. Y hace ya tantos años que ambos volábamos en la «Fulgur»...

—Unos ocho, aproximadamente, señor —sonrió Vilo.

—Fue una buena época. Pero tú tenías un excelente porvenir en la armada de la Liga.

Vilo meneó la cabeza.

—El capitán que le relevó a usted era un mal bicho. Tropecé con él y... Coronel, ¿por qué no me deja acompañarle? Incluso gratis iría con usted —exclamó Vilo con gran vehemencia.

Ardax sonrió.

—Está bien —dijo—. Así como así, un ayudante no vendrá mal del todo. Anda y revisa los instrumentos; despegaremos en seguida.

—Sí, señor.

Ardax terminó de despedirse de los otros tres, quienes no deseaban verse mezclados en la aventura que era el secuestro de una astronave. Luego cerró la escotilla y se dispuso a ejecutar la maniobra de despegue.

—Capitán, voy a serle franco —dijo Ardax más tarde, cuando la astronave se hallaba ya en el espacio—. Le haré preguntas. Usted contestará con toda sinceridad. No perderé tiempo en amenazas; si se niega a contestarme, pasaré a la acción inmediatamente. ¿Está claro?

Denke se humedeció los labios con la lengua.

—Sí, señor —contestó.

Zyna y Vilo asistían al interrogatorio. El antiguo torpedista estaba detrás de Denke, con una pistola en la mano. La nave volaba con el piloto automático.

—Ahí, en una de las cámaras, hay cuatro prisioneros bihumanos —dijo Ardax—. ¿Quién se los entregó a usted?

—Un hombre llamado Exhíree. No estoy seguro, pero creo que es coronel de la guardia de Nikydia.

—El nombre me suena —murmuró Ardax—. ¿Dónde recogió a los prisioneros?

—Contrataron mi nave para llevarla a la Llanura de las Torres. Me señalaron un punto de planetizaje y una hora determinada para llegar allí. Eso es todo, salvo que, al entregarme los prisioneros, se me abonó el importe de los fletes pactados.

Ardax se volvió hacia la muchacha.

—¿Has oído hablar del Llano de las Torres? —preguntó.

—Sí, aunque no he estado nunca en ese paraje —contestó la muchacha.

—Tengo un mapa y una diapositiva con una vista desde el aire —declaró Denke espontáneamente—. La tomé cuando volábamos hacia el lugar acordado, porque el paisaje me gustó mucho.

—Es una buena noticia —sonrió Ardax—. Vamos a ver el mapa y la diapositiva.

Instantes después, Ardax tenía sobre la mesa el mapa, en el que se hallaba claramente señalado el punto en que Denke había tomado tierra. El mapa estaba trazado a la escala 1:25.000, pero las curvas de nivel no podían dar una idea siquiera de lo que era el paisaje, contemplando desde las alturas, cosa que pudieron hacer con la diapositiva proyectada minutos más tarde.

Entonces, Ardax comprendió los motivos del nombre aplicado a aquella región.

La nave tomó tierra por la noche, Ardax, Zyna y Vilo desembarcaron con el equipo necesario para poder actuar en el suelo. Instantes más tarde, la astronave levantaba el vuelo automáticamente.

Denke había protestado de las intenciones de Ardax. Sus protestas habían caído en el vacío, como las de Watabi.

—Los himonitas nos matarán —gimió Denke, al saber que el vuelo de la nave había sido programado rumbo a Himón-3,

Ardax se había encogido de hombros.

—Usted y sus tripulantes eran plenamente conscientes de lo que hacían —dijo—. Cobraban buenas sumas de dinero por el transporte de esos desdichados. A fin de cuentas, los devuelven a su país.

Watabi se había despedido ya de la vida. Estaba seguro de que sería ejecutado apenas pusiera pie en el suelo de Himón-3.

Zyna, por su parte, había hablado con los bicéfalos. Ninguno recordaba con exactitud el lugar donde había tenido lugar la bárbara transformación. El más locuaz habló de una gran sala, de extraños aparatos... un enorme edificio, numeroso personal con bata blanca..., pero era todo lo que recordaba.

La astronave disponía de un pequeño vehículo todo terreno, para desplazamientos en la superficie. Ardax se lo quedó sin ningún escrúpulo; lo necesitarían.

Delante de ellos, alumbradas por la luz de dos de las siete lunas de Wahar, se alzaban las torres de roca que habían dado su nombre a la planicie. Algunas de ellas alcanzaban cotas de siete y hasta ochocientos metros, con los muros prácticamente verticales. Había más de medio centenar y muchas aparecían casi juntas, dejando entre ellas angostos espacios, que formaban los pasillos de un extraño laberinto, en el que un hombre no conocedor del terreno podía perderse fácilmente.

La anchura media de las torres, en la base, oscilaba entre los mil quinientos y los tres mil metros. Eran unas formidables aglomeraciones de roca dura, que habían resistido impunemente cientos de siglos de continuo ataque de los elementos atmosféricos.

En una de aquellas torres —Ardax estaba seguro de ello—, se encontraba el monstruoso laboratorio del doctor Jutlatl.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Zyna, sentada sobre una piedra, mientras tomaba un poco de alimento, preparado por Vilo.

—¿Sí? —dijo Ardax.

—Nikydia dijo que quería formar un ejército, lo que significa una guerra, sea contra quien fuere. Pero ¿por qué vender himonitas duplicados a Mashir-IV? A la larga, la gente se cansaría de verlos pelear en el circo e incluso se llegaría a no encontrar adversarios para ellos.

—A mí sólo se me ocurre una explicación, Zyna.

—A ver, habla.

—Cuando se fabrica un arma nueva —y aunque la calificación no sea exacta en este caso—, es preciso probarla concienzudamente, para conocer sus resultados. Lo mismo sucede con los bihumanos.

—Tú quieres decir que lo que Nikydia pretende es apreciar sus cualidades como combatientes.

—Exactamente —contestó Ardax.

Zyna meneó la cabeza.

—Dejando de lado el hecho de que sean mis paisanos, no me parecieron buenos luchadores. Con mucha fuerza física, eso sí, pero es que los himonitas hemos sido siempre robustos; pero torpes, desmañados...

—Falta de entrenamiento —dijo Ardax.

—Perdón, coronel, creo que está equivocado —intervino Vilo.

Ardax y la joven miraron a su acompañante.

—¿Por qué, Kadd? —preguntó el primero.

—Falta de coordinación. Dos cerebros, dos torsos, cuatro brazos y dos piernas forman una combinación física poco recomendable para combatir, por mucha potencia muscular que se haya conseguido alcanzar, aun contando con que la original haya podido ser duplicada. Sencillamente, los bicéfalos no coordinan tan bien sus movimientos como pueda hacerlo una persona normal.

—Es posible que tengas razón, Kadd —convino Ardax pensativamente.

—La tengo, señor —dijo Vilo, sin asomo de falso orgullo—. Además, y por muy reforzados que hayan sido los músculos de las piernas, éstas fueron construidas por la naturaleza para soportar el peso de una sola persona, es decir, de un torso único, con su cabeza y dos brazos. Ciertamente, usted y yo podemos cargarnos a la espalda un peso de cien kilos, el cual gravitará ineludiblemente sobre nuestras piernas, pero no lo llevaremos mucho tiempo ni tampoco tendremos que movernos con él, o aunque fuese la mitad, cincuenta kilos, en una pelea a muerte.

—Creo que tienes razón —dijo Zyna.

—Además, los dos cerebros han tenido que sufrir un terrible choque,

porque se han visto luego en un mismo cuerpo. Con dos troncos, si se quiere, pero con una sola mitad inferior del cuerpo. No hay ser humano que soporte impunemente un choque psíquico semejante. Muy probablemente, su torpeza, aparte de las causas físicas ya citadas, no es sino el resultado de la negativa del subconsciente a admitir la realidad. Sencillamente, saben lo que son, pero no quieren serlo... y no lo pueden evitar ya.

Hubo una profunda pausa de silencio después de las últimas palabras de Vilo. De pronto, Zyna se puso en pie, caminó unos pasos y se detuvo a quince o veinte metros de los dos hombres.

Se oyó un leve gemido. Zyna lloraba.

Ardax quiso levantarse para consolarla. Vilo le retuvo por una mano, —Déjela, coronel —aconsejó en voz baja—. Le conviene desahogarse.

Ardax asintió.

—Es cierto —murmuró—. Pero, Kadd, ¿cómo sabes tantas cosas? —preguntó, extrañado por las singulares explicaciones que había dado el individuo.

Vilo sonrió.

—Hablé con un médico amigo en Mashir-IV —contestó—. A mí también me intrigaba la forma en que se desenvolvían esos pobres desgraciados. Ese médico me lo explicó todo, tal como usted lo ha oído.

—Ya entiendo. Kadd, ¿qué opinas tú de poner un buen petardo al laboratorio del doctor Jutlatl?

—Disfrutaré enormemente viéndolo saltar por los aires y más si me entero de que Nikydia vuela también con esa pandilla de asesinos.

Ardax meneó la cabeza.

—Nikydia es demasiado lista para dejarse coger en una trampa semejante, aunque tarde o temprano purgará sus crímenes —dijo.

CAPÍTULO X

Al amanecer, reanudaron la marcha.

Ardax tenía en la mano el mapa que le había entregado el capitán Denke. Vilo se encargaba de la conducción del «todo terreno».

El suelo estaba cubierto de hierba abundante. De día, el paisaje resultaba mucho más atractivo, aunque la contemplación de aquellas altísimas torres de piedra era impresionante. Abrumaban con su mole y, en ocasiones, daban la sensación de ir a desplomarse sobre los atrevidos que se aventuraban a pasar entre ellas.

Al cabo de un buen rato, llegaron a una especie de rotonda, formada por media docena de torres muy juntas, ninguna de las cuales medía menos de seiscientos metros de altura por dos mil de diámetro. Aunque su disposición era un tanto irregular, formaban una gran plaza, de suelo liso y herboso, aunque sin árboles. Las distancias entre las torres eran mínimas; en algunos casos, no sobrepasaban siquiera los cincuenta metros, lo que daba a los viajeros una cierta sensación de angustia, al sentirse como encerrados en aquellos desfiladeros.

Vilo detuvo el coche en el centro de la rotonda. Ardax consultó el mapa.

—Denke se detuvo aquí y esperó la llegada de Exhiree —dijo—. Según él, Exhiree llegó por allí...

La mano de Ardax se tendió hacia un punto determinado, el desfiladero formado por dos torres casi gemelas, separadas unos cien metros en el punto de máxima proximidad,

—Entonces, seguiremos por allí —dijo Zyna.

Vilo puso el vehículo nuevamente en marcha. Minutos más tarde, se adentraban en el desfiladero.

El silencio era absoluto. Los rayos del sol no llegaban al suelo en

muchos sitios. Había numerosos lugares que jamás habían conocido el contacto de los rayos de la estrella que alumbraba a Wahar.

Repentinamente, al salir del desfiladero, vieron una torre de mayores dimensiones que las restantes. Ardax consultó el mapa; su cota era de novecientos veintiséis metros y el diámetro de tres mil doscientos.

Era una inmensa columna de piedra rojiza, cuyas paredes tenían una ligera inclinación que no se advertía sino de lejos, un gigantesco tronco de cono, cuya cara superior tenía un diámetro que pasaba cumplidamente de los dos mil quinientos metros.

La inclinación de los farallones había permitido la construcción de un camino que, en espiral, rodeando la torre, se dirigía hacia lo alto. Ardax vio aquel camino, obra indudable de la mano del hombre, y ordenó a Vilo que frenara el aparato.

Estaban a unos dos mil metros de distancia. Ardax sacó unos prismáticos y examinó la cumbre de la torre.

—No se ve nada desde aquí abajo —dijo.

—Nuestra situación lo impide —dijo Vilo, que como buen artillero-torpedista estaba acostumbrado a calcular ángulos de tiro—. Es una lástima que no hayamos podido traer un aeromóvil.

—Probablemente, hay una buena defensa antiaérea —calculó Ardax—, aunque, por otra parte, no se sabe quién podría atacar esa cima.

—Quizá no la hubo al principio. Ahora, los rumores se han extendido y la gente ha podido ver a los bihumanos —dijo Zyna—. Por tanto, es posible que se hayan procurado un máximo de seguridad.

—El camino está desierto. La pendiente no es muy acusada, pero al llegar arriba, seríamos vistos indefectiblemente —manifestó Vilo.

De pronto, Ardax lanzó una exclamación:

—Yo diría que ya hemos sido vistos.

Acababa de divisar un par de minúsculas siluetas en el borde superior de la torre. La distancia era grande, pero, a pesar de todo, creyó ver que uno de los sujetos estaba mirando hacia allí con un catalejo.

—¡Atrás, Kadd! —ordenó, presa de un súbito presentimiento.

Vilo obedeció instantáneamente. Apenas un segundo más tarde, una deslumbrante línea de luz bajó de lo alto de la cima e hizo hervir el suelo en el lugar que un segundo antes había ocupado el vehículo.

Vilo lanzó una maldición. Viró a su izquierda y se zambulló en una grieta de la torre más cercana. Otro rayo de luz fundió un enorme

fragmento de roca.

—Alan, ¿con qué nos disparan? —gritó Zyna, asustada.

—Nosotros usamos pistolas de luz sólida —dijo Ardax, con las facciones contraídas—. Ellos tienen cañones, con una potencia miles de veces superior.

—Así es, coronel —confirmó Vilo—. Y no me gustaría ser atrapado por uno de esos rayos...

De repente, el suelo empezó a humear a pocos pasos de distancia. Algo salió despedido con terrible fuerza y golpeó el costado del vehículo.

La pared de roca se fundía rápidamente.

—Tenemos que escapar de aquí —gritó Vilo.

Ardax saltó al suelo y tiró de la muchacha. Vilo les siguió en el acto. Un segundo más tarde, el coche estallaba en llamas, con todo lo que contenía.

Corrieron frenéticamente hasta alcanzar el otro lado de la torre. La mole de roca les protegería sobradamente, contra los efectos de aquellos potentísimos cañones de luz sólida.

Pero, al mismo tiempo, habían quedado aislados, a centenares de kilómetros de Waharia, sin más que lo puesto y habiendo perdido el agua y los alimentos.

Era una situación crítica, reconoció Ardax para sí.

—¿Qué haremos ahora, Alan? —preguntó la muchacha.

Vilo dio la respuesta, señalando con la mano hacia arriba:

—Hay dos salidas: luchar y morir o rendirse. Elijan.

* * *

Zyna levantó la vista. Un gemido de terror brotó de sus labios.

El primer gesto de Ardax fue echar manos a su pistola. Luego pensó que toda resistencia sería inútil.

—Levantad las manos —ordenó.

Zyna y Vilo obedecieron. Rodeando el monolito de piedra, dos docenas de hombres descendían de las alturas hacia ellos, sostenidos por sus propulsores individuales. Todos ellos iban armados con unos extraños fusiles, unidos por un tubo flexible a un tanque sujeto a la espalda, sobre el arnés del aparato volador individual.

Los soldados tomaron tierra en las inmediaciones, formando en el acto un denso semicírculo. Veinticuatro fusiles apuntaban a los intrusos.

Un hombre se adelantó de pronto hacia ellos.

—Habéis sido muy sensatos al no intentar luchar —dijo.

—Nos gusta vivir, Exhiree —dijo Ardax.

El hombre se sorprendió.

—¿Me conoces?

—Alguien me dijo tu nombre. No hace mucho le entregaste cuatro bihumanos, vendidos para el circo de Mashir-IV.

—Capitán Denke —dijo Exhiree.

—El mismo.

—¿Te ha traído hasta aquí? —preguntó Exhiree, asombrado.

—A la fuerza —sonrió Ardax.

—Sospecho que te apoderaste de su nave.

—Sí.

Exhiree meneó la cabeza.

—Eres demasiado astuto, coronel, aunque tu ingenio no te ha servido de nada. ¡Capitán Hobr! —llamó.

Un hombre adelantó dos pasos.

—¿Señor?

—Comuníquese con la princesa-gobernadora. Quiero hablar urgentemente con ella.

—Sí, señor.

Hobr agitó una mano. Dos hombres se destacaron. Uno de ellos montó un trípode, encima del cual fue situado un videófono portátil. Se desplegó la antena y se hicieron las primeras pruebas.

Mientras, Exhiree había ordenado a tres de los soldados que se situaran frente a los prisioneros, con los fusiles preparados. De pronto, Hobr dijo:

—Señor, comunicación con Nikydia.

—Gracias, capitán.

Exhiree se acercó al videófono.

—Señora, he capturado a tres prisioneros, uno de los cuales es el coronel Ardax. Según tus órdenes, deben ser ejecutados sobre el terreno, aunque, dadas las circunstancias, he preferido demorar la ejecución.

—Has hecho bien, Exhiree. Por favor, sitúalos en mi campo visual.

—Sí, señora.

Exhiree movió el aparato. Un segundo después, se oyó la voz de Nikydia.

—Llévalos al laboratorio y ponlos bajo vigilancia. Ardax se ha

escapado ya más de una vez; tu vida me responde de su seguridad. ¿Entendido?

—Descuida, señora; esta vez, no se escaparán —aseguró Exhiree.

Cortó la comunicación y agitó la mano.

—Retiren el aparato. Capitán Hobr, estimo que sería conveniente narcotizar a los prisioneros a fin de que no nos causen problemas.

—Sí, señor.

Hobr se acercó a los cautivos, portador de un tubito de metal, con el que disparó sendos chorros de gas. Ardax no se molestó en contener la respiración, seguro de que, tarde o temprano hubiera tenido que inhalar el vapor narcótico.

Pero, con gran extrañeza, no perdió el conocimiento.

Sin embargo, se dio cuenta de que una extraña sensación se había apoderado de su cerebro.

—Coronel Ardax, avance seis pasos —ordenó Exhiree.

Ardax se encontró obedeciendo la orden, sin poder evitarlo.

—Salte —rio Exhiree.

Ardax saltó. Y bailó y cantó y dio volteretas, según se le antojaba a Exhiree, de cuya garganta escapaban continuas carcajadas.

Los soldados también reían.

—Ardax, ahora, a gatas; eres un cerdo hambriento y buscas comida por todas partes.

El prisionero desempeñó la comedia con notable exactitud, en medio de las risas de todos los presentes. Al fin, Exhiree le ordenó incorporarse.

—Coronel Ardax, esto que hemos hecho no es sino una simple demostración de las condiciones en que os encontráis ahora, tú y tus acompañantes. Puedes ver, oír y moverte normalmente, pero estás sujeto inexorablemente a mi voluntad y obedecerás cualquier orden que yo te dé, por absurda que sea. ¿Está claro?

Sí, Exhiree decía la verdad. Ardax veía y oía y se movía sin dificultad, pero era, literalmente, un esclavo de la voluntad de aquel individuo.

—Los prisioneros serán transportados por dos soldados cada uno —ordenó Exhiree—. ¡En marcha!

Dos de los guardias se acercaron a Ardax, agarrándole por los brazos. Inmediatamente, levantaron el vuelo.

Otros dos soldados se apoderaron de la muchacha.

Exhírese la contempló especulativamente. Sonreía de un modo singular.

—Lástima, debí haber hecho la prueba con ella... y ordenarle un bonito *strip-tease*.

Pero no había tiempo ni era lugar para diversiones. Instantes después veinticuatro hombres, con tres prisioneros, alzaban el vuelo en dirección a la gigantesca torre de piedra.

* * *

Ardax recordaba muy poco de lo que había visto durante su vuelo: una extensa meseta en lo alto del monolito, grandes edificios, aunque todos ellos de una sola planta, depósitos de agua, generadores, una guardia numerosa y armada hasta los dientes... Había sido encerrado en una celda individual y llevaba así veinticuatro horas.

Hasta el momento, nadie le había dicho una sola palabra acerca de la suerte que le aguardaba. Los efectos del singular narcótico se habían disipado un par de horas más tarde. Unos soldados le habían traído comida: en cada ocasión, un vaso de agua y una tableta alimenticia, de escaso sabor y poco grata apariencia. Pero la sensación de hambre desaparecía al terminar de comer.

De Zyna y Kadd no sabía nada; simplemente, no los había vuelto a ver desde el momento en que llegaron a la cumbre del monolito.

Se preguntó si el doctor Jutlatl era Juliardus. La cuestión era puramente académica; prácticamente, carecía de importancia.

Mucho más importante era lo que iban a hacer con él.

¿Había en aquel lugar un hombre de su complexión, con el cual «fundirle», de modo que de dos saliera uno solo?

Sería horrible, se dijo. ¿Qué se sentiría al tener el cuerpo pegado al de otro hombre?

De repente, se abrió la puerta.

—Vigile, soldado —dijo una voz de hombre.

—Sí, doctor.

Ardax se puso en pie. Delante de él aparecieron un hombre y una mujer, ambos con batas blancas. Ella usaba unas grandes gafas levemente coloreadas y tenía en las manos una bandeja con diversos instrumentos médicos y frascos de medicina. El hombre contaba unos sesenta años de edad y aparecía todavía fuerte y vigoroso.

—Empiece ya, enfermera —dijo el hombre.

—Sí, doctor.

La enfermera dejó la bandeja sobre una mesa.

—Coronel Ardax, remánguese el brazo izquierdo —dijo—. Vamos a tomarle una muestra de, sangre.

Ardax obedeció. Ella preparó todo, mientras el médico contemplaba las operaciones con gesto indiferente. Cuando estuvo lista, la enfermera se quitó las gafas.

Miró de frente al prisionero. Ardax tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no lanzar un alarido de alegría.

«¡Selene!», gritó mentalmente.

Pero ¿cómo estaba allí? ¿Qué prodigio se había obrado para que la mujer amada, a la que creía a decenas años luz de distancia estuviese en aquel laboratorio infernal?

La aguja pinchó su brazo. Ardax continuó manteniendo su impasibilidad, lo mismo que Selene.

La única persona que había creído en su inocencia, cuando, años atrás, fue declarado traidor y condenado a destierro perpetuo.

Las yemas de sus dedos acariciaron suavemente el antebrazo de Ardax. Selene permanecía seria, impertérrita, pero en sus ojos había un latido de amor infinito hacia el hombre al que extraía una muestra de sangre.

CAPÍTULO XI

El resto del día había transcurrido lenta y tediosamente. Al anochecer, Ardax recibió la segunda pastilla alimenticia de su ración cotidiana.

Las horas fueron pasando. Ardax llegó a dormirse. De pronto, oyó la cerradura de la puerta.

Sentóse en la litera. Una sombra se deslizó en la celda. Unos brazos femeninos se enroscaron en torno a su cuello. Ardax besó casi con furia a la mujer amada.

—Selene —dijo a poco, acariciándole el pelo—, ¿qué prodigio es éste?

Ella rio suavemente, sentada en la cama junto a Ardax.

—Estuve hablando en Waharia con Iako. Él me contó todas tus peripecias. Decidí que ya era hora de ayudarte.

—Pero tú estabas...

—Sí, con mis padres. Sin embargo, te echaba de menos y los dejé antes de lo previsto. Al ver que no estabas en nuestra casa, empecé a indagar. Al fin, llegué a Waharia. Localicé a Iako y él me contó todo.

—Pero, este laboratorio...

—Vi a Juliardus. Había ido a hablar con Nikydia. Me ofrecí a él como enfermera analista. Juliardus, ahora Jutlatl, me aceptó, eso es todo. Ah, aquí me llamo Neesa.

Ardax repitió el nombre.

—Bien, cariño, el caso es que nos hemos reunido —dijo—. Supongo estás enterada de las barbaridades que se cometen en este lugar.

—Sí. Es horrible, aunque, por fortuna, yo no he tenido que tomar parte en ninguna operación. Mi trabajo, repito, es ayudante analista.

—¿Qué puedes saber tú de eso? —se asombró Ardax.

—Dos cursos en la Escuela de Analistas de la Honorable Liga. Hubo

un tiempo que me interesé por la medicina...

—Y dejaste los estudios.

—Te conocí a ti.

Ardax atrajo fuertemente contra su pecho a Selene. Durante unos minutos, guardaron silencio.

Luego él se separó un poco.

—Selene, ¿qué me dices del centinela? —preguntó.

—Esperé al relevo. Cada tres horas hay un centinela nuevo. El que está ahora había entrado en su puesto un cuarto de hora antes de mi llegada.

—¿Y...?

—Está sufriendo los efectos de una dosis de narcótico, que le durarán hasta poco antes del relevo. Alan, cariño, tengo que sacarte de este lugar infernal...

—Poco a poco, Selene —dijo él—. ¿Puedes entrar y salir de aquí sin dificultad?

—No hay problemas, pero ¿qué es lo que pretendes?

—¿Cuándo podrás ir a Waharia?

—Mañana mismo, si quisiera.

—Entonces, irás a Waharia. Busca a Iako y dile que ponga en marcha el plan Pasquín.

Selene arqueó las cejas.

—¿Qué plan es ése? —inquirió.

—Iako lo sabe, querida.

—A mí no me dijo...

—No se lo preguntaste. Por tanto, no llegaste a excitar el circuito donde está almacenado el plan Pasquín. Tienes que ir mañana sin falta; antes de una semana, el plan tiene que estar en marcha.

—Está bien, pero tú vendrás...

—No, yo me quedo aquí.

Hubo un instante de silencio.

—Supongo que será inútil que trate de disuadirte —dijo Selene al cabo.

—Querida, te aseguro que nada me gustaría más que largarme de aquí, pero hay muchas personas que confían en mí. Me comprometí a ayudarlas y tú las ayudarás también, yendo a Waharia. ¿Entendido?

Selene sonrió hechiceramente.

—Está bien —dijo—. Pero, en cuanto terminemos, volveremos a

nuestra casa, ya sabes dónde, querido.

Ardax asintió. Con los, ojos de la mente vio el paisaje que le era tan familiar: prados, árboles, un río, colinas, lejanas montañas, la casa que aún estaba a medio construir... Hubo un tiempo en que, tras la degradación, el destierro le había parecido la más horrible de las condenas. Ahora, ansiaba volver al lugar al que había sido desterrado, pero con Selene.

—Allí volveremos —aseguró.

Naturalmente, llevarían al robot con ellos.

Selene le besó con fuerza. Luego se puso en pie y abandonó la celda.

Ardax se dijo que era una circunstancia afortunada la presencia de Selene en aquel lugar. Ahora, más que nunca, estaba seguro de que el plan que había ideado y que no había podido poner en práctica, por falta de tiempo, daría los resultados esperados.

Tranquilo y confiado, se tendió de nuevo en la litera.

* * *

La puerta se abrió. El doctor Jutlatl entró en la celda, acompañado de un individuo vestido con bata blanca.

El segundo empezó a tomar las medidas anatómicas del prisionero, empezando por la cabeza y terminando en el principio de las caderas. Fue una medición lenta por lo meticulosa. De cuando en cuando, el hombre anunciaba las medidas y Juliardus hacía un gesto de asentimiento.

Al cabo de un buen rato, el ayudante dio por terminada su labor.

—Listos, doctor.

—Un momento —exclamó Ardax.

Los dos hombres miraron al prisionero.

—¿Qué es lo que desea, coronel? —preguntó el ayudante.

—De usted, nada; es con el doctor Jutlatl con quien quiero hablar. A solas.

Hubo un instante de silencio. Al fin, el aludido agitó la mano.

—Está bien, déjenos solos, Zilo.

—Sí, doctor, pero tenga cuidado; este hombre es peligroso —avisó el ayudante.

Jutlatl se echó a reír. Sacó un tubito y lo enseñó ostentosamente.

—Esto calmará sus ímpetus, si se pone... revolucionario —dijo.

—No deseo organizar ningún conflicto, sólo hablar con usted, doctor.

El ayudante había salido. Los dos hombres estaban solos.

—¿Por qué hace eso, doctor Juliardus?

La pregunta de Ardax hizo respingar al interpelado.

—Me llamo Jutlatl —dijo, irritado.

—«Ahora» se hace llamar así. Años atrás, usaba su verdadero nombre: Juliardus.

—Bueno, no creo que eso sea relevante...

—Oh, claro que no, no tiene importancia. Lo que sí la tiene es la horrible operación por medio de la cual usted convierte a dos hombres en uno solo.

—Es un maravilloso experimento científico...

—Es el experimento surgido de la mente de un hombre loco de remate —calificó Ardax crudamente—. ¿Se da cuenta de que un día podrán exigirle responsabilidades por los crímenes que ha cometido?

—Las responsabilidades no son mías, sino de la persona que me ordenó estas operaciones.

—Nikydia, de Wahar.

Jutlatl se encogió de hombros.

—Ella es la responsable, en todo caso —contestó.

—No sea cínico, doctor. Un hombre de conciencia no habría aceptado jamás esa proposición. No se trata de sanar a las personas, sino de dañarlas del modo más horrible que se pueda imaginar.

—Coronel, si eso es todo lo que tenía que decirme, hemos terminado —cortó Jutlatl fríamente—. Los reproches no le servirán de nada, se lo aseguro.

—También a mí quiere convertirme en un bihumano, ¿no es cierto?

—Estoy aguardando el ejemplar correspondiente, que pueda adecuarse a su complexión. En el momento en que me lo traigan, empezaré a trabajar. Con los dos, por supuesto.

—Doctor, recuerde bien lo que le digo. Aún está a tiempo de arrepentirse. Deje lo que está haciendo; destruya estas malditas instalaciones...

Jutlatl se dirigió hacia la puerta.

—Hemos terminado —se despidió secamente.

Ardax maldijo entre dientes al quedarse solo. Aquel hombre era un megalómano de la ciencia, un demente, para el que sólo había una

forma de curación: la muerte.

Se preguntó quién sería el hombre con quien se uniría su tronco, Pero era algo que no tenía la menor importancia en aquella situación.

Lo realmente importante era que Selene e Iako consiguieran poner en marcha el plan Pasquín.

* * *

En aquellos momentos, Selene conversaba con Iako en el albergue donde éste había recibido orden de aguardar, hasta que se le señalaran otras instrucciones.

—El plan es bueno —dijo la joven, cuando Iako hubo terminado de hablar—. Pero no me dijiste nada...

—El coronel me ordenó discreción absoluta, señora —se disculpó Iako.

—Sin embargo, tú sabes quién soy yo —se quejó Selene.

—Las órdenes del coronel al respecto no hacían excepciones.

—Y ahora me has explicado el plan...

—Porque sé que puedo hacerlo.

Selene suspiró.

—Iako, eres impagable —dijo—. Está bien, empecemos cuanto antes.

—Sí, señora. Por cierto, tengo dinero que me dejó el coronel. Ese plan no se puede ejecutar sin dinero.

—Todo lo contrario, con abundante dinero —sonrió ella.

Media hora más tarde, estaban en presencia de un sujeto de aspecto melancólico y cansinos ademanes, que escuchó sin pestañear la proposición que le hacían sus visitantes.

—Treinta mil —dijo, cuando Selene hubo terminado de hablar.

—De acuerdo, pero estarán listos mañana por la noche.

—Sí.

Selene sacó un fajo de billetes.

—La mitad ahora. Mañana, el resto —dijo.

—Es una buena idea —aprobó el hombre—. Aquí empezamos a sentirnos hartos de esa fiera con figura de mujer.

—Entonces, no se hable más. Por cierto, Thovald, ¿dispones de media docena de amigos de confianza, que quieran ganarse mil cada uno?

—Sí, desde luego.

—Entonces, llámalos. Estaré aquí de nuevo al anochecer de mañana.
Selene y el robot salieron a la calle. Un hondo suspiro se escapó de los labios de la joven.

—Ojalá de resultado el plan Pasquín —deseó fervientemente.

—El coronel debería ser un robot: nunca falla —dijo Iako.

Selene le miró de soslayo.

—Tienes un maravilloso circuito del buen humor —exclamó alegremente.

* * *

La puerta se abrió de golpe. Exhíree apareció ante los ojos del prisionero.

—Sal, coronel.

Ardax abandonó su encierro. Dos soldados armados se situaron inmediatamente en sus flancos.

El corredor era muy ancho. A derecha e izquierda se veían largas hileras de puertas. Ardax supuso que había un prisionero detrás de cada una de aquellas puertas.

¿Dónde estaba Zyna?

De pronto, vio venir por el fondo del corredor un pequeño grupo de personas, en el centro del cual se hallaba un hombre de dos troncos.

En las caras del monstruo había una indudable expresión de sufrimiento. Estaba casi desnudo y, en torno a su cintura, había todavía algunos vendajes, recién puestos, al parecer.

Cuatro hombres sostenían al desgraciado, en cuyos cerebros, evidentemente, había un gran aturdimiento, acaso provocado por los narcóticos. Podía haber derrotado fácilmente a los hombres que le llevaban poco menos que en volandas, pero las drogas le impedían toda reacción.

Ardax se detuvo instintivamente un momento.

Exhíree le empujó por detrás, sin ninguna ceremonia:

—¡Sigue, coronel!

Momentos después, llegaban a una gran sala, en la que había una docena de hombres jóvenes, con el dorso desnudo. Jutlatl, con algunos ayudantes, estaba allí también, consultando algunos documentos, evidentemente historias clínicas de aquellos forzosos pacientes.

—Doctor —dijo Exhíree.

Jutlatl volvió la cabeza un momento.

—Ah, hola —contestó—. Aguarden un instante, por favor.

Jutlatl terminó de hablar con sus ayudantes. Luego se volvió hacia los recién llegados.

—Tengo dos pacientes que parecen especialmente indicados para nuestro gallardo coronel —manifestó—. Sin embargo, antes de proceder a la «fusión», será preciso consultar con la computadora, que decidirá sin posibilidad de error.

Jutlatl sonrió perversamente.

—Me gustaría poder darle a elegir su «compañero», coronel, pero eso no es posible por el momento, so pena de sufrir un fracaso en la operación —añadió.

—Y yo no quiero que haya fracasos contigo —sonó de pronto la voz de Nikydia.

CAPÍTULO XII

Radiante de hermosura, Nikydia apareció de pronto ante los ojos del prisionero. Había en sus rojos labios una sonrisa, que sólo el que conociera bien a aquella mujer podía calificar de perversa. Ardax se preguntó cómo era posible tanta maldad en un cerebro humano.

—No, no habrá fracasos contigo, coronel —insistió Nikydia—. Lo lamento infinito, pero te di la mejor ocasión que se le había presentado a ningún hombre y tú la rechazaste.

—Tengo cierto aprecio al llamado sentido de la decencia —contestó Ardax fríamente.

—Sentido de la tontería, estaría mejor dicho —rio ella—, pero no vamos a seguir discutiendo. Pudiste estar a mi lado y te pusiste frente a mí. Ahora pagarás las consecuencias.

—Nikydia, ¿te has parado a pensar alguna vez que todo lo que estás haciendo puede volverse algún día contra ti? ¿No has pensado en las consecuencias de tu satánico orgullo?

—¿Qué me puede pasar? —preguntó ella despectivamente—. Cuento con el poder, la fuerza, el oro...

—El oro —repitió él—. Los comerciantes se quejan. Les exprimes como una fruta madura. La gente viene menos a Wahar. ¿Por qué no piensas en todo eso?

Los ojos de Nikydia centellearon.

—Cuando tenga mi imperio, todo el mundo se desvivirá por buscarme, por concertar alianzas conmigo, por establecer pactos de toda clase... ¡Seré la emperatriz del Décimo Subsistema, que me pertenecerá, por derecho de conquista! ¿No has oído hablar de ese Subsistema?

—Sí, son media docena de planetas que contienen grandes riquezas

naturales, prácticamente inexplotadas hasta ahora. Pero quizá la Honorable Liga de Sistemas tenga algo que objetar a tus planes.

—El Décimo Subsistema cae fuera del área de influencia de la Liga. No toleraré que los coaligados se inmiscuyan en mis asuntos.

—¿Cuentas con la fuerza suficiente para oponerte a su armada?

—Cuando el Décimo Subsistema sea mío, la Honorable Liga no tendrá otro remedio que aceptar los hechos consumados.

—Pero eso no ocurrirá mañana. Tú aún tienes que formar tu ejército; en cambio, la Liga tiene desde hace muchos años una potentísima armada espacial...

Nikydia sonrió desdeñosamente.

—¿Y quién les va a informar de mis planes? ¿Tú, el coronel degradado y condenado a destierro perpetuo por alta traición? ¿Tú, el hombre a quien cualquiera puede matar y cobrar la recompensa de los veinticinco mil que se ofreció, caso de que quebrantases tu destierro? No, tú no dirás nada, por la sencilla razón de que, dentro de pocos días, serás uno de mis guerreros bihumanos... uno de los que formarán mi ejército para la conquista del Décimo Subsistema. ¿Lo has oído bien?

—Hablas con toda claridad, Nikydia —contestó Ardax—. Pero quizá te conviniera saber lo que está sucediendo a estas horas en Waharia.

Ella arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó.

—¿No dispones de medios para comunicarte con tu guardia? ¿No hay aquí videófonos que puedan mostrarte las imágenes de lo que sucede en tu ciudad?

Nikydia frunció el ceño. De pronto, se volvió hacia Exhiree y Jutlatl.

—Que todo siga como hasta ahora. Esperen unos minutos —dijo.

Y se alejó con vivo taconeo, a la vez que el manto que cubría sus hombros revoloteaba aparatosamente.

* * *

Los ciudadanos más madrugadores de Waharia se encontraron al levantarse con un espectáculo singular.

Había infinidad de pasquines pegados en todas las paredes. Todos ellos contenían la misma leyenda, debajo de una fotografía estremecedora.

La fotografía reproducía uno de los momentos de la lucha en el circo de Mashir-IV, cuando el gladiador bihumano había perdido una de sus

dos cabezas, la cual se veía en la arena, a los pies. Los colores naturales de la fotografía daban a la escena un realismo aterrador.

Debajo de la fotografía había un texto:

Wahariano, ¿quieres convertirte en uno de estos monstruos? ¿Te has fijado en que, desde hace algún tiempo, acuden menos visitantes a Wahar? ¿Por qué los habitantes de otros planetas tienen ahora miedo de venir a Wahar?

No hace mucho, este planeta era un emporio de paz y de riqueza, al que acudían gentes de los puntos más distantes de la Galaxia, ávidos de comerciar y traficar y hasta de disfrutar de los innumerables encantos de Waharia. Pero ahora, una demente ha concebido locos sueños de conquista, transforma a los hombres en monstruos como el de la fotografía y los vende a los mercaderes de gladiadores. ¿Por qué no combatís la tiranía de Nikydia?

¡PAZ Y COMERCIO!

¡Vale más morir siendo un solo hombre, que vivir convertido en un monstruo bicéfalo!

¡Paz y comercio! ¡Abajo Nikydia la sanguinaria!

A medida que avanzaba la mañana, la indignación se apoderaba de las hasta entonces pacíficas gentes de Waharia. Lo que todos consideraban como simples rumores, se había hecho realidad.

Los más levantiscos empezaron a atacar a los guardias de Nikydia, sobre todo, cuando una patrulla intentó arrancar los pasquines en una calle.

* * *

Nikydia vio el pasquín y se sintió invadida por una cólera ciega.

Dio orden de que limpiaran las calles de pasquines, a cualquier precio, y luego volvió a la sala.

—Una idea muy astuta, coronel, pero que no tendrá éxito. Todavía soy la más fuerte —dijo altivamente.

—¿De cuántos hombres se compone tu guardia? ¿Cinco, diez mil? ¿Qué pueden ellos contra medio millón de personas sublevadas? —contestó Ardax impasible.

—Cuando los primeros sublevados empiecen a sentir el peso de mi ley, los demás no tendrán ganas de más protestas —aseguró ella despectivamente—. Doctor, ¿cuándo empieza, con el coronel Ardax?

—La computadora ha elegido ya su pareja —respondió Jutlatl,

—Entonces, comience de inmediato.

Dos guardias se apoderaron del prisionero. Jutlatl señaló a otro hombre que, salvo la diferencia fisonómica, habría podido pasar por Ardax,

—Llévenlos a la sala de preparación —ordenó Jutlatl.

Ardax y el otro joven fueron conducidos en el acto a una vasta estancia, en la que había dos camas gemelas, detrás de las cuales se veían sendas consolas llenas de instrumentos de control. Apenas cruzó el umbral, Ardax miró hacia atrás.

Habían ido solos con los cuatro soldados. De súbito, extendió los brazos y los echó simultáneamente hacia atrás.

Dos rostros recibieron sendos golpes en sus respectivas narices. Se oyeron dos gruñidos de dolor.

Los soldados se tambalearon. Ardax se revolvió velozmente y les golpeó de nuevo. Luego extendió los brazos, agarró sus cabezas y las juntó con seco golpe.

Dos cuerpos humanos rodaron por el suelo. El otro prisionero luchaba ya ferozmente con los soldados que le custodiaban.

Ardax se lanzó en su ayuda. Instantes después, los otros dos guardias yacían inconscientes en el suelo.

—Tienen armas —dijo Ardax.

—Sí —convino el prisionero, apoderándose de una pistola de luz sólida.

—¿Cómo te llamas?

—Tisholl.

—¿Himonita?

—Sí. Pertenezco a la última «remesa» —dijo Tisholl sarcásticamente—. Pero antes escuché algo que me impresionó mucho. Prefiero morir siendo uno solo, que vivir convertido en un monstruo bicéfalo.

—Entonces, ésta es la ocasión.

La puerta se abrió de pronto. Dos ayudantes, vestidos con batas blancas, entraron en la sala.

Su sorpresa fue enorme al ver a los soldados en el suelo. Uno de ellos quiso gritar, pero Tisholl lo pulverizó con una descarga de luz

sólida.

El otro levantó los brazos en el acto.

—¡No tiréis! —suplicó.

Ardax se acercó al individuo.

—¿Cuántos prisioneros hay transformados? —preguntó.

—Treinta y tantos...

—¿Están en el mismo departamento en que me tenían a mí?

—Sí.

—¿Y los otros?

—Afuera, en un bloque separado del resto del conjunto de edificios —contestó el interpelado.

—Está bien. Vámonos, Tisholl.

Al pasar, Ardax golpeó al ayudante con el cañón de la pistola. El hombre se desplomó fulminado.

Ardax y Tisholl corrieron hacia la puerta que comunicaba con el corredor de celdas. Había allí un soldado de guardia. Tisholl disparó y lo convirtió en humo.

Las ropas y demás elementos del equipo del soldado cayeron al suelo. Sólo se disgregaban las partes orgánicas.

Ardax se inclinó y encontró una llave, que encajó en la puerta más próxima. Abrió y miró al monstruo que aparecía sentado en el fondo de la celda.

—Estáis libres —dijo—. Salid y luchad.

Era curioso, pensó. Tenía que hablar en plural, dirigiéndose a un solo hombre... pero con dos troncos y dos cabezas.

El bihumano se levantó.

—Lucharemos —dijeron las dos bocas al mismo tiempo.

—Sin piedad —añadió Tisholl.

Ardax continuó abriendo puertas. A todos los que se hallaban prisioneros les daba la misma orden:

—Luchad, luchad...

La mayoría de los bihumanos se movían, sin embargo, con torpeza. Era evidente que sus cuerpos no habían adquirido todavía la debida coordinación. Pero cuando alcanzaban a un guardia, lo despedazaban, sin más armas que las manos.

En su alojamiento, Nikydia aguardaba noticias de la capital, cuando, de repente, entró Exhiree:

—¡Señora, Ardax y Tisholl han atacado a sus guardianes y han

conseguido escapar! —dijo.

Ella se puso en pie, roja de cólera.

—Lanza a toda la guardia detrás de ellos —gritó—. Ordena que disparen sin piedad, ¿me oyes?

—Sí, señora.

Bruscamente, se oyó un alarido aterrador.

—¡Los bihumanos escapan de sus celdas...!

El grito se transformó en un horrible gorgoteo. Se oyó un espeluznante chasquido y luego unas manos arrojaron al interior de la sala una cabeza humana, arrancada de cuajo del resto del cuerpo.

Exhiree chilló espantado. Un gigante bicéfalo, con los torsos cubiertos de sangre, apareció en la puerta.

Nikydia reaccionó vivamente. Tenía una pistola de luz sólida y la disparó contra el bihumano.

Uno de los troncos se convirtió en humo. La boca del otro tronco emitió un horripilante chillido.

Nikydia disparó de nuevo. El monstruo desapareció.

—Vamos, Exhiree, no te quedes ahí —exclamó—. Si la guardia reacciona a tiempo, todavía podemos dominar la rebelión.

Exhiree asintió. Salió de la estancia y saltó por encima del desdichado soldado, cuya cabeza había sido arrancada a tirones.

Nikydia miró con furia el videófono, a través del cual aguardaba las noticias que debían llegarle de su ciudad. Pero la pantalla permanecía obstinadamente apagada

CAPÍTULO XIII

Ardax y Tisholl salieron al exterior.

—Allí —indicó Tisholl.

Los dos hombres echaron a correr hacia un vasto edificio, de una sola planta y de gruesas paredes, con numerosas ventanas, todas las cuales estaban enrejadas. Allí era donde se guardaba a los prisioneros, en espera de conducirlos al quirófano.

Había dos centinelas: en la puerta. Tisholl actuó expeditivamente, sin molestarse en intimarles a la rendición. Los cuerpos de los guardias se convirtieron en humo.

Ardax buscó la llave entre los equipos caídos en el suelo. De pronto, se oyó a lo lejos un enorme griterío.

Volvió la cabeza. Un grupo de bihumanos luchaba ferozmente con una veintena de guardias armados. Chasqueaban las pistolas de luz sólida, pero los disparos debían ser repetidos en más de una ocasión, ya que la desintegración de los transformados no era instantánea, como sucedía en los demás casos.

Por otra parte, los bihumanos, aunque muy torpemente, peleaban con salvaje decisión contra sus atacantes. Ardax se dio cuenta de que ya no les importaba vivir; lo único que querían era vengarse de quienes les habían conducido a tan horrible situación.

—¡Vamos, abre! —gritó Tisholl.

Ardax volvió a la realidad. Abrió la puerta y se precipitó en el interior del edificio.

Había, al menos, un par de centenares de celdas, cada una de ellas ocupada por un prisionero. Ardax entregó la llave a Tisholl, mientras él quedaba vigilando la entrada.

El combate entre los bihumanos y los guardias tocaba a su fin. Ya

sólo quedaban dos de los transformados, aunque su derrota no se había producido, sin bajas para sus atacantes, de los que más de una docena yacían en el suelo, con los miembros arrancados a tirones o, simplemente, decapitados por unas manos y unos brazos que poseían una fuerza indescriptible.

Otro bihumano cayó. El último, de pronto, se arrojó contra los guardias, que retrocedieron asustados,

El bihumano agarró a cuatro de ellos con sus cuatro manos, asiéndolos por el cuello. Era un espectáculo fantástico, irreal. Ardax creyó que se hallaba bajo el influjo de una pesadilla.

Pero todo era real. El bihumano, con su cuádruple presa, corrió a través de la planicie, hasta alcanzar el borde de la torre rocosa. Sin detenerse un instante, saltó al vacío.

Se oyeron unos espantosos alaridos. Ardax se imaginó la espantosa caída desde más de novecientos metros de altura. De pronto, sintió que le palmeaban la espalda.

—Coronel.

Se volvió. Era Vilo.

—¡Kadd! ¡Cuánto me alegro...!

—¡Alan, Alan! —sonó en aquel momento la voz de Zyna.

La muchacha se colgó del cuello de Ardax. Vilo se echó a reír.

—Cuidado, coronel —dijo.

Zyna se volvió hacia el hombre.

—Le quiero...

—Él está, comprometido ya, hermosa.

Zyna miró a Ardax. Este hizo un gesto afirmativo.

—Oh —dijo la chica.

Los prisioneros salían alborotando estruendosamente. Zyna hizo un esfuerzo por sonreír.

—Debí haberme imaginado algo por el estilo —dijo.

Vilo agarró el brazo de la joven con gesto posesivo.

—El coronel no es el último hombre en la Galaxia —dijo intencionadamente.

Tisholl corrió hacia ellos.

—Zyna, me alegró de verte sana y salva —exclamó.

—Gracias, Tisholl —contestó la muchacha.

—Quiero hacerte una pregunta, Zyna —dijo Vilo.

—Habla, Kadd —accedió ella.

—¿Hay sitio en Himón-3 para un antiguo soldado?

Zyna sonrió suavemente.

—Intenta buscar ese sitio —contestó.

—Todavía estamos en Wahar —les recordó Tisholl para volverles a la realidad.

Los prisioneros se desparramaban por todas partes. Buscaban armas. Algunos las encontraron.

—Tenemos que marchamos —dijo Vilo, sin soltar la mano de Zyna.

—Antes habrá que hacer algo más urgente —manifestó Ardax.

Algunos soldados, viéndolo todo perdido, escapaban en sus propulsores individuales. Los prisioneros armados disparaban contra ellos sus pistolas de luz sólida.

—Vamos —dijo Ardax—. Es preciso capturar a Nikydia y al doctor Jutlatl. Deben ser juzgados por el pueblo de Himón-3 y responder de sus crímenes.

* * *

La pantalla del videófono se iluminó al fin.

—¡Ya era hora! —exclamó Nikydia.

Un rostro humano apareció en el cristal deslustrado.

—Señora, tengo malas noticias para ti —dijo el oficial.

—¡Habla! —gritó ella descompuestamente—. ¿Qué pasa?

—Señora..., la población se ha sublevado. Muchos guardias han tirado las armas...

—¡Eso es imposible! ¡Me deben obediencia!

—Temo que ya no te obedecerá nadie, señora. La gente grita enfurecida contra ti. Debo ser pesimista a la fuerza; en realidad, estás destituida.

—No —dijo Nikydia con los ojos extraviados—. Eso no puede ser...

De súbito, se vio un chispazo. La cara del oficial se convirtió en humo.

Otro rostro, congestionado por la ira, apareció ante los ojos de la mujer.

—Tú ya no eres nuestra princesa-gobernadora, zorra ávida de sangre —gritó el individuo.

Nikydia cerró la comunicación.

Lentamente, se puso en pie. El manto cayó al suelo.

Vestía ahora un simple traje de una sola pieza, sobre el cual, como una especie de adorno que siempre había señalado su rango, lucían los dos cuencos de oro que cubrían sus pechos. Pero era la indumentaria adecuada para escapar de la torre.

Exhiree apareció de pronto.

—Señora, estamos derrotados —anunció.

—Lo sé —dijo ella sombríamente—. Quizá podamos rehacernos algún día...

—Será mejor que pensemos en lo inmediato, esto es, en huir —aconsejó Exhiree.

—¿Están listos los propulsores individuales?

—Sí, señora.

Nikydia y Exhiree salieron fuera. En el mismo momento, oyeron unos alaridos desgarradores.

Exhiree tiró de Nikydia, haciéndola ocultarse. Desde la puerta vieron a Jutlatl, chillando horrorosamente, sujeto por las cuatro manos de uno de sus monstruos.

El bihumano tiraba lentamente, como recreándose en los sufrimientos del diabólico doctor. Cada par de manos sujetaba la cabeza y el tronco del científico.

De repente se oyó un, horripilante chasquido. Cesaron los gritos de Jutlatl. Surtidores de sangre brotaron del cuello al cual faltaba la cabeza.

El bihumano tiró al suelo los sangrantes restos de Jutlatl. Luego se alejó torpemente hacia la salida.

—Vamos, señora —dijo Exhiree.

Corrieron en busca de los propulsores individuales. Estaban guardados en un almacén situado cerca del borde sur de la torre. Llegaron allí y empezaron a equiparse de inmediato.

Exhiree ayudó a la mujer a ponerse los arneses. Cuando hubo terminado, Nikydia echó a andar hacia la puerta.

Salió fuera. De pronto, oyó un grito:

—¡Quieta!

Nikydia se volvió. Ardax corría hacia ella.

—Ven a buscarme —rio, desdeñosa.

La distancia era excesiva para la pistola de luz sólida de Ardax. Nikydia presionó el mando de arranque y el aparato empezó a funcionar.

Los pies de Nikydia se separaron del suelo. Estaba a menos de una docena de metros del borde y se acercó a él, volando a ras de tierra. De repente, cuando ya saltaba al vacío, un bihumano se arrojó sobre ella.

Nikydia chilló horriblemente. El propulsor carecía de la potencia suficiente para sostener dos cuerpos humanos, en especial uno que pesaba casi ciento cuarenta quilos,

Nikydia forcejeó para dar al motor el máximo de potencia. Pero todo fue inútil.

Ardax se asomó al borde, morbosamente fascinado por el espectáculo. En los primeros metros, Nikydia y el bicéfalo descendieron con cierta lentitud. Pero luego la caída se aceleró.

Doscientos metros más abajo, los cuerpos chocaron contra un saliente y se separaron. Ardax vio descender a Nikydia, volteando aparatosamente. Ya no era más que un cadáver que se precipitaba hacia la llanura, situada a casi un kilómetro de distancia.

En aquel momento, sonó un grito.

Exhiree se elevaba con su propulsor. Tisholl corrió un poco, apuntó hacia arriba y disparó.

A veinte metros del suelo, brotó una columnita de humo. Luego, el propulsor y los ropajes de Exhiree descendieron hasta chocar contra la tierra.

Ardax miró a su alrededor.

—Tisholl, tendrás que ocuparte de destruir este laboratorio infernal —dijo.

—No quedará piedra sobre piedra —aseguró el himonita.

* * *

Ardax paseó la mano por el bloque de diamante. Selene lo contemplaba arrobada. Iako, respetuoso, aguardaba a un lado.

Zyna, Virr y Vilo contemplaban al joven en silencio. De pronto, Ardax se volvió hacia ellos.

—No puedo aceptarlo —dijo.

—¿Has contado con ella? —preguntó Virr maliciosamente.

Selene se apretó contra el hombre amado,

—Si él dice que no lo quiere, yo no lo quiero tampoco —sonrió,

Virr hizo un gesto de aquiescencia.

—De todas formas, sigue siendo tuyo. Nos has salvado del exterminio. Aquí estará ese diamante, para el día que quieras llevártelo

—dijo.

—Puedes obtener mucho dinero de él. Empléalo en cosas beneficiosas para tu pueblo —contestó. Ardax.

—Tu pueblo —intervino Zyna—, porque te consideramos como uno de los nuestros. Siempre que quieras volver aquí, serás nuestro huésped predilecto.

—Faltan muchos himonitas y sus familias los llorarán, pero, al propio tiempo, se sentirán satisfechos, porque saben que podremos seguir viviendo en paz —dijo Virr—. En Wahar hay nuevo gobierno y ahora estamos en conversaciones para constituir uno común para ambos planetas. Te lo deberemos a ti, Ardax.

—Y para nosotros nunca serás un proscrito y un traidor, sino un hombre bueno y valeroso —agregó Zyna.

Ardax sonrió. Era hora de despedirse.

Vilo estrechó su mano con fuerza.

—Vuelva pronto por aquí, coronel —dijo.

—Cuando nazca vuestro primer hijo —contestó Ardax.

Zyna se ruborizó. Ya era la esposa de Kadd Vilo.

Ardax tomó la mano de Selene.

—Adiós, amigos —se despidió.

Subieron a la nave, seguidos por Iako, el robot.

—Volvemos a nuestro hogar —suspiró Selene.

Ardax asintió. Esperaba vivir de nuevo en su hogar. Nikydia había sido pérfida y traidora hasta el fin, destruyendo la grabación que podía haber probado su inocencia.

Pero no le importaba mucho. Algún día conseguiría librarse de la infamia que había caído sobre su nombre.

Entretanto, volvía a casa, a vivir en un planeta que, miles de años antes, había sido un emporio de civilización y cultura, llamado Tierra.

Ahora, en la Tierra, sólo vivían tres seres: un hombre, una mujer y un robot.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

